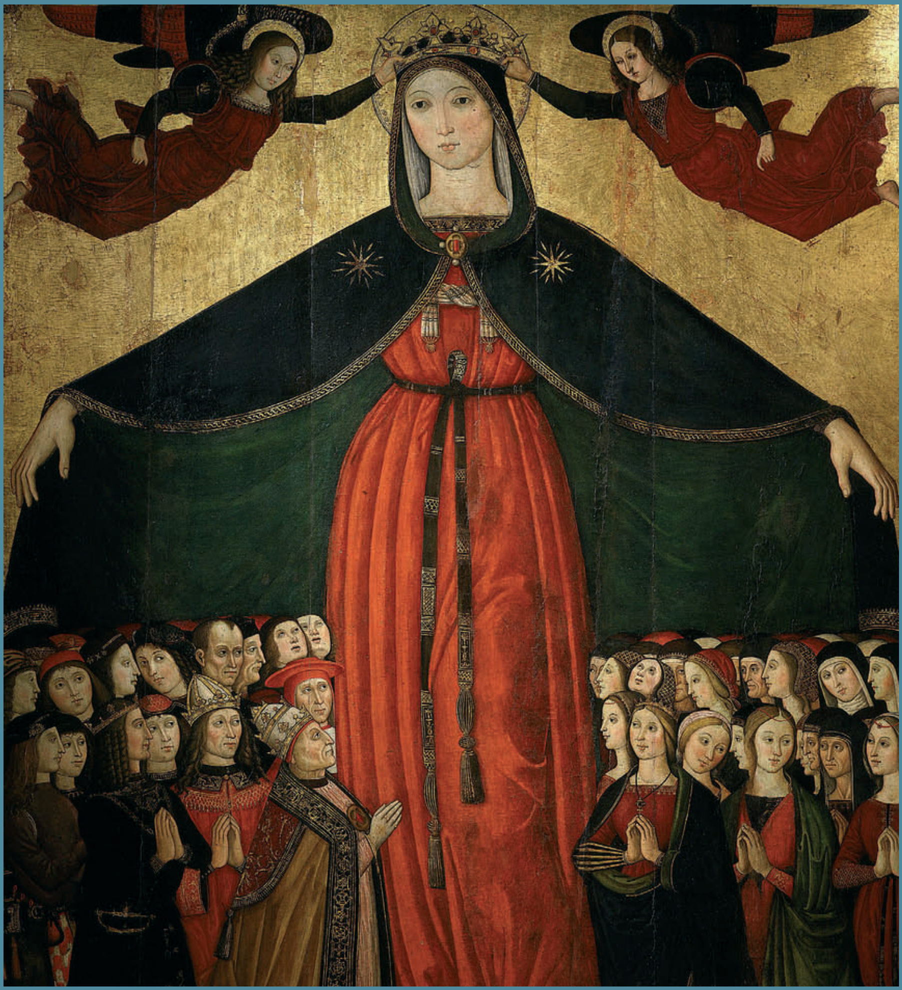
LOS BORGIA

Cara y cruz del Renacimiento



Alejandro VI, el papa Borgia, al pie de la *Madonna dei Racommandati*, por Cola da Roma, hacia 1500.

32. **Piedra de escándalo**
Ricardo García Cárcel

36. **De Borja a Borgia**
Luis Pablo Martínez

40. **Papas de hierro**
Miguel Navarro

46. **Familia de leyenda**
Joan F. Mira

52. **Un santo en casa**
Enrique García Hernán

60. **Una saga de cine**
Óscar Medel

En apenas siglo y medio, a caballo entre la Edad Media y el comienzo de la Moderna, dieron el salto de la nobleza rural al papado y al altar, aunando la protección a la cultura humanista con un cínico control de las cloacas del poder. Con el estreno este mes de *Los Borgia*, una de las más ambiciosas producciones cinematográficas españolas de carácter histórico, esta fascinante dinastía valenciana de santos y pecadores recupera actualidad y recuerda que su leyenda vive y aún genera debate

Piedra de ESCÁNDALO

En el complejo tránsito sociocultural de la Edad Media al Renacimiento, sitúa **Ricardo García Cárcel** la peripecia italiana del linaje valenciano que dio dos papas, diversos cardenales y un santo a la Iglesia, a través de un tortuoso proceso, cuyos escandalosos ribetes siguen despertando interés

La saga valenciana de los Borgia o Borja tiene una significación histórica trascendental en tanto que, en cincuenta años, dio al mundo dos papas y una decena larga de cardenales, se instaló durante la primera mitad del siglo XVI en el centro mismo del poder en Europa y dejó tras de sí una extraordinaria estela cultural, al mismo tiempo que una espesa nube de mórbidas vivencias, con múltiples escándalos, muertes, incestos, corruptelas...

La leyenda rosa del éxito social y la leyenda negra de los turbios procedimientos de escalada confluyen en esta familia, como nunca se ha dado en la Historia. La dicotomía lingüística Borgia-Borja ha servido para diferenciar las connotaciones más negras de la saga, que se asignan a la versión italiana del apellido, y las más positivas de su versión hispánica, que desde luego representa particularmente san Francisco de Borja, general que fue de la Compañía de Jesús y nada menos que biznieto del tormentoso papa Alejandro VI.

Medallas de **Alejandro VI**, que aparece sin mitra ni tiara (arriba), y **Calixto III** (Madrid, Museo Arqueológico Nacional).

Es una historia de prodigiosa ascensión política, de una familia que de simple aristocracia local setabense a caballo de algunos méritos políticos, como su apoyo a Fernando de Antequera en el Compromiso de Caspe, de la presunta protección inicial de san Vicente Ferrer y, desde luego, a través de la indudable capacidad político-jurídica de Alfonso de Borja, el futuro papa Calixto III, dio el salto a Roma e inició una etapa en la que su apellido marcó las pautas de la Historia.

El punto de partida del increíble despegue político de aquella familia radicó en la decisiva gestión que Alfonso de Borja, a la sazón canónigo de Lérida, profesor de aquella universidad y vicecanciller al servicio de Alfonso V el Magnánimo, desarrolló para solucionar de una vez por todas el Cisma pontificio. En 1429, Alfonso de Borja convenció al díscolo papa Benedicto XIII en Peñíscola de la necesidad de su renuncia. Ello le valió ser obispo de Valencia. De la efervescente Valencia del momento, el obispo pasó a Nápoles, siempre vinculado al rey Magnánimo. En el avispero napolitano demostró sus dotes camaleónicas y no le costó demasiado ser cardenal. Lo fue en 1444, a los sesenta y seis años.

Dejarse querer

De ahí a Papa sólo había que saber dejarse querer. Lo hizo magistralmente. Esperó once años. Fue elegido pontífice capitalizando su condición de tecnócrata, políticamente neutral, no implicado en las luchas de los nobles italianos y con pocas expectativas de vida. Vivió sólo tres años más, durante los cuales tuvo tiempo de enfrentarse a su rey-protector Alfonso V, de combatir contra los turcos, a los que hizo levantar el sitio de Belgrado, y de canonizar a Vicente Ferrer, treinta y seis años después de la muerte del dominico. Pero, sobre todo, tuvo tiempo para traer a buena parte de su familia a Roma y colocar a su amplia parentela en múltiples cargos en la curia pontificia.

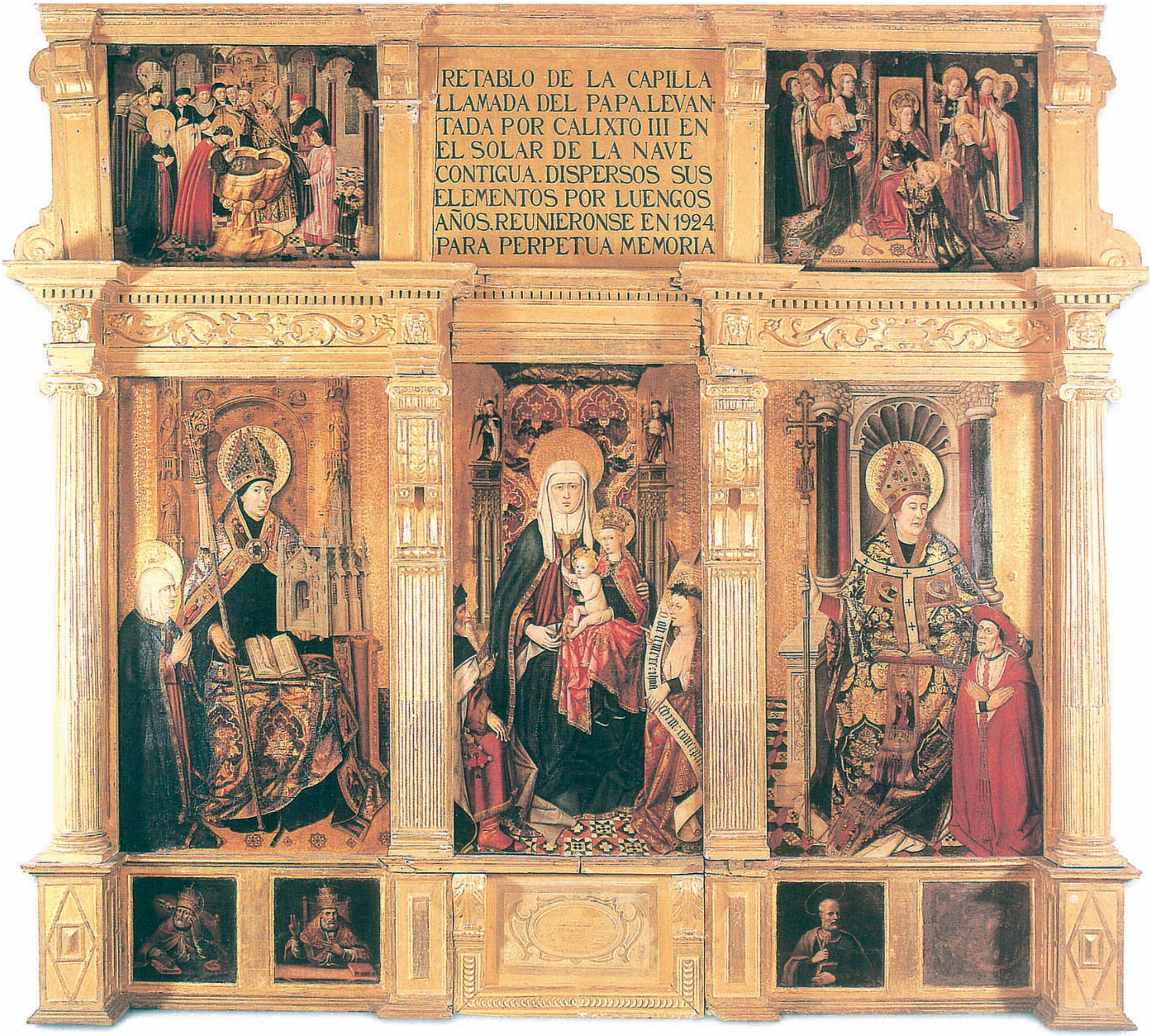
De sus tres sobrinos, el favorito era

Ricardo García Cárcel es catedrático de Historia Moderna, UAB.

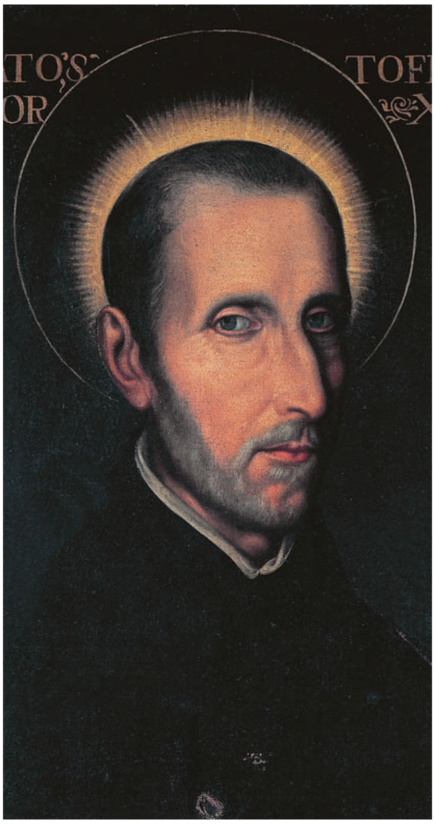
Pedro Luis, hijo de su hermana Isabel. Pero la lucha política que se desató a la muerte de Calixto III, pocos meses después de la del rey Alfonso V, acabó con sus expectativas y con su vida, posiblemente envenenado por la familia rival de los Orsini. Sin embargo, ya eran cardenales los otros dos sobrinos: Luis Juan de Milá y Rodrigo de Borja. El primero volvió a España como obispo de Lérida. El segundo participó en la elección del humanista Pío II como papa y se colocó estratégicamente al lado de éste como lo haría con el siguiente pontífice, Sixto IV.

Rodrigo fue entonces ordenado sacerdote y obispo. Antes sólo era diácono, aunque ya cardenal por imposición de su tío. En 1472, hizo un viaje triunfal a España, articulando la operación política que asentaría en el trono de la monarquía a los Reyes Católicos. Mientras se preparaba el desembarco en la Sede Pontificia, Rodrigo tuvo cuatro hijos con su compañera Vannozza Cattanei. El 6 de agosto de 1492, fue elegido papa con el nombre de Alejandro VI, gracias a la alianza establecida con los Sforza, los Farnese y los antiguos enemigos Orsini. Únicamente tenía en contra a los Della Rovere. La política matrimonial de su descendencia se dirigió a consolidar sus alianzas. La invasión de valencianos en la Corte pontificia fue enorme y los amores del Papa con Julia Farnese tuvieron eco en toda Europa.

La estrategia inicial de Alejandro VI fue la de apoyar las grandes decisiones políticas de los Reyes Católicos de aquel mítico año 1492 –desde la expulsión de los judíos a la aventura americana, pasando por la conquista de Granada–, al tiempo que recababa el apoyo de éstos para su política italiana. Realizó obras importantes


RETABLO DE LA CAPILLA LLAMADA DEL PAPA, LEVANTADA POR CALIXTO III EN EL SOLAR DE LA NAVE CONTIGUA. DISPERSOS SUS ELEMENTOS POR LUENGOS AÑOS, REUNIERONSE EN 1924 PARA PERPETUA MEMORIA

Retablo de Santa Ana, realizado en 1452 por encargo del cardenal Alfonso de Borja (Xàtiva, Colegiata de Santa María).



Francisco de Borja, en un retrato del siglo XVII, cuando estaba en marcha el proceso de su canonización (Madrid, Descalzas Reales).

en los palacios pontificios en pleno centro del complejo vaticano con frescos de Il Pinturicchio, reformó el Castillo de Sant'Angelo y recubrió el techo de Santa María la Mayor con un artesonado que evocaba a su propia familia.

Esta política se mezcló con la peripecia familiar. Conjuras, traiciones, violencia, pasiones, celos, ambiciones de poder... El nepotismo y la corrupción fueron un caldo de cultivo en el que no faltaron varios asesinatos (César, el hijo del Papa, fue el presunto asesino de su hermano Juan y de su cuñado Alfonso de Aragón, casado con Lucrecia, y al propio Papa se atribuye el envenenamiento, entre otros, de Giambattista Orsini) y tropelías diversas, en una coyuntura de reversión de alianzas, con deslizamiento claro del Papa hacia la amistad con Francia.

Alejandro VI murió en agosto de 1503. Le sucedió Pío III, que vivió sólo veintisiete días, y a éste, Julio II, un Della Rovere, el mayor enemigo de los Borja. César Borja sería apresado, enviado a Valencia, trasladado a Chinchilla y al Castillo de la Mota, de donde se escapó y acabó muriendo en lucha contra Fernando el Católico en 1507, en Viana (Navarra). Lucrecia, que tras tres matrimonios se había convertido en duquesa de Ferrara, reconstruyó su agitada vida sentimental y estuvo, por cierto, en Barcelona dos veces, en 1504 y 1506. Murió en 1519, en el mismo año que su madre, Vannozza Cattanei.

El fin de toda una época

El papado de Alejandro VI, de 1492 a 1503, marca en Europa la cúspide del humanismo y al mismo tiempo el comienzo de sus miserias morales. Son los años en que las monarquías se intentan desgajar de la matriz nobiliaria con las primeras contradicciones entre feudalismo y absolutismo. Es el final de los *condottieros,* como lo fueron Gonzalo Fernández de Córdoba o César Borja, en conflicto siempre con sus reyes-señores. Es el triunfo del maquiavelismo, de la razón práctica sobre la estética, de lo secular sobre lo religioso, de la economía capitalista y de la tecnología sobre los escrúpulos y complejos de la escolástica cristiana, triunfo que representa bien Alejandro VI.

EL PAPADO DE ALEJANDRO VI MARCA EN EUROPA LA CÚSPIDE DEL HUMANISMO Y EL COMIENZO DE SUS MISERIAS MORALES

Pero también es la emergencia del genio individual sobre la corporación y la familia; la escalada de los Estados-naciones que acabarán con la prepotencia de las ciudades-Estado italianas; el crepúsculo de las vanidades; la hora de la contrición, cuyo primer profeta fue Savonarola, quemado a instancias de Alejandro VI, y que anticipaba la mala conciencia protestante de Lutero; el tiempo de las nuevas fronteras transatlánticas que condenaban al provincianismo la ruta Valencia-Roma...

Alejandro VI muere un año antes que Isabel la Católica. El maquiavelismo fernandista será la aparente prolongación de la égida de Alejandro VI. Italia, el sueño napolitano como alternativa fernandista al fracaso en la lucha con Felipe el Hermoso. Pero ya nada podía ser igual. Sólo la Corte de doña Germana y el duque de Calabria en Valencia pareció aferrarse al sueño italiano, como si el efecto Borja que había triunfado en Roma durante medio siglo quisiera encontrar en Valencia su canto de cisne.

La sucursal del imperio pontificio fue el ducado de Gandía. Los duques establecieron relaciones de parentesco con la propia monarquía. El último gran Borja, fue Francisco, enviado por su padre en 1528 a la Corte "para que acabara de formarse al servicio de su majestad". El clientelismo del papa Borja se había roto con su muerte. Había que adaptarse al nuevo tiempo dictaminado por la disciplina de la Corte. Francisco de Borja optó por la amistad directa con el rey Carlos, necesitado, después de las Comunidades y las Germanías, de fortalecer sus apoyos.

Francisco casó con la portuguesa Leonor de Castro y tuvo ocho hijos. Fue virrey en Cataluña, un virrey severo y puritano. Nada que ver con sus ascendientes. En 1548, profesó como miembro de la Compañía de Jesús, tres años después de morir su mujer. Hacía nueve años que había muerto Isabel de Portugal, la esposa de Carlos V, aquella hermosa reina retratada por Tiziano. Francisco de Borja fue el encargado de acompañar al cadáver de la Emperatriz, de Toledo a Granada. La contemplación de su descomposición fue el motivo tradicionalmente invocado para la decisión de Borja "de no servir a otro señor que a Dios". Hipótesis difícil de creer. ¿Voluntad arrastrada nueve años? La iconografía, con el cuadro de Mariano Salvador Maella como mejor representación, ha insistido siempre en la imagen del Borja iluminado ante el descubrimiento de los efectos de la muerte.

El papel de Francisco de Borja en la Compañía de Jesús, en cualquier caso, fue trascendental, marcando la orientación política que tendría ésta en el futuro. Murió en 1572, fue beatificado en 1624 y canonizado en 1671. Las relaciones con Roma demostraban ser impecables. Su extrema delgadez, sus ojos claros, su seriedad, que retrató Tiziano, nada tienen que ver con el Alejandro VI, gordo y sensual de Il Pinturicchio. Sólo tienen en común la nariz curva de los Borja. Cuando muere Francisco, hacía siglo y medio que había empezado la prodigiosa ascensión de la familia Borja. Con él se cierra el ciclo. ■

la Belleza y la Locura

Felipe I el Hermoso *Brujas 1478_Burgos 1506*

rey de Castilla, duque de Borgoña

EXPOSICIÓN

BURGOS
CASA DEL CORDÓN
FINALES DE SEPTIEMBRE _ 30 DE DICIEMBRE DE 2006

BRUJAS
IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA
27 DE ENERO _ 15 DE ABRIL DE 2007

Horarios

lunes a sábado:	12.00_14.00 19.00_21.00
Festivos:	12.00_14.00

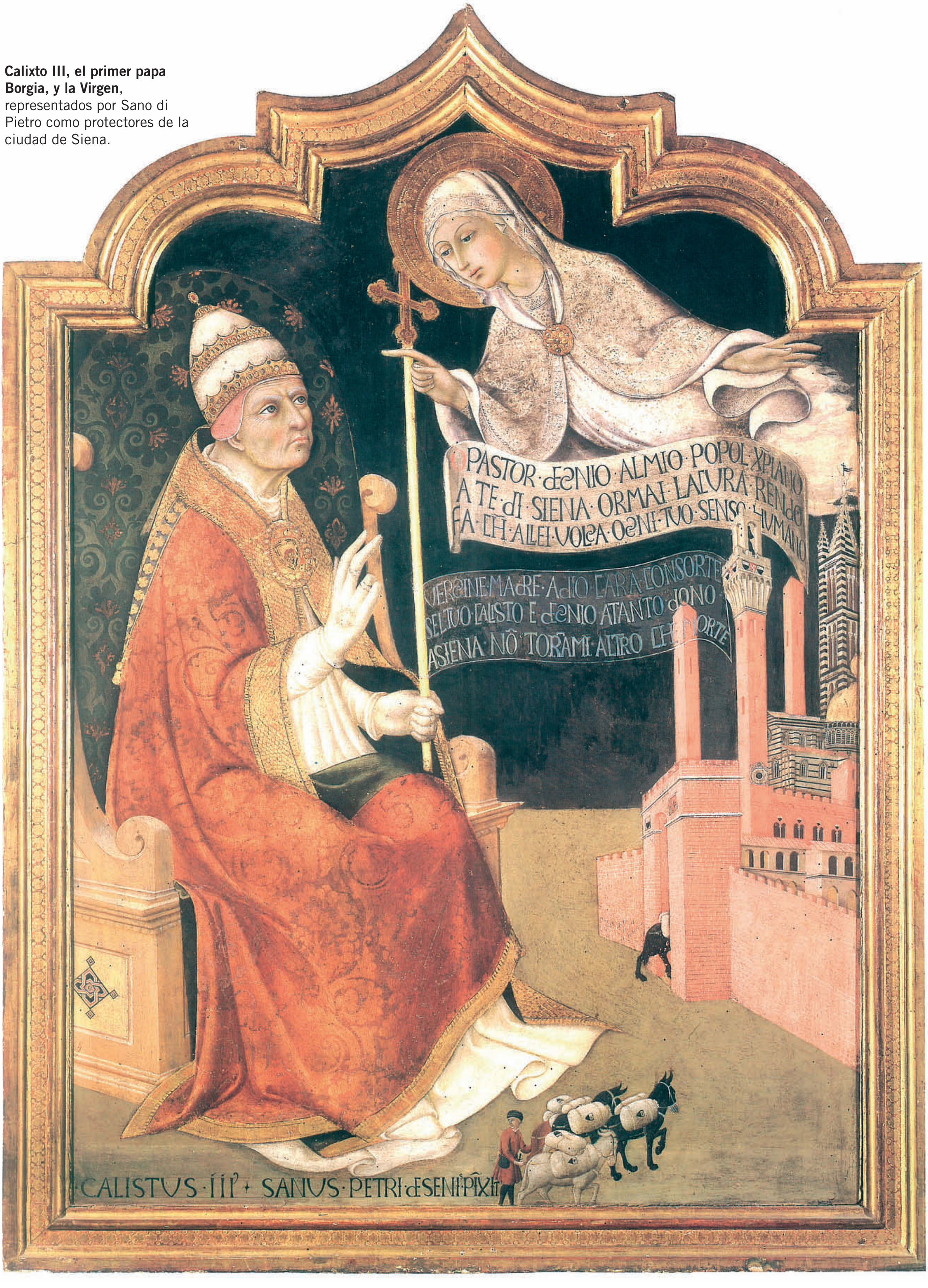
Visitas guiadas
previa cita: 947 258 113

FUNDACIÓN CARLOS DE AMBERES

FUNDACIÓN Caja de Burgos

Comisariado
Fundación Carlos de Amberes

Organiza y patrocina
Fundación Caja de Burgos


O PASTOR·dEGNIO·ALMIO·POPOL·XPIANO
A TE·dI·SIENA·ORMAI·LACURA·RENdO
FA·CH·ALLEI·VOLGA·OGNI·TUO·SENSO·HUMANO
VERGINE·MAdRE·AdIO·CARA·CONSORTE
SEL·TUO·CALISTO E dEGNIO·ATANTO·dONO
A SIENA·NÕ·TORAMI·ALTRO·CHE·MORTE
CALISTUS·III·SANUS·PETRI·dESENIS·PIXIT

Calixto III, el primer papa Borgia, y la Virgen, representados por Sano di Pietro como protectores de la ciudad de Siena.

De Borja a
BORGIA

A comienzos del siglo XV, diversas familias de menestrales, labradores y de la pequeña nobleza ostentaban el apellido Borja en la valenciana ciudad de Xàtiva. **Luis Pablo Martínez** recuerda el oportuno entronque matrimonial que permitió el imparable ascenso del nuevo linaje hacia el trono papal

La época del papa Alejandro VI y sus hijos César y Lucrecia ha cautivado a generaciones de historiadores, artistas y literatos. Son pocos, sin embargo, los trabajos dedicados a los orígenes del mítico linaje. Tal vez porque la familia ha sido estudiada fundamentalmente por investigadores foráneos. No en vano, son más conocidos por la versión italianizada de su apellido, Borgia, que por la genuina, Borja. En términos históricos, sin embargo, el período anterior al papado de Calixto III (1455-1458), el primer papa Borja, resulta crucial y fascinante. Porque es entonces cuando la familia puso los cimientos de una prodigiosa promoción, que produciría dos papas y un santo para la cristiandad, un linaje de Grandes de España, y tres personajes míticos del imaginario colectivo occidental.

En la Xàtiva de comienzos del siglo XV convivían varios grupos familiares con el apellido Borja. Todos ellos, salvo uno, eran menestrales y labradores de diversa condición. Una de las familias Borja de Xàtiva pertenecía, sin embargo, a la pequeña nobleza. Sus orígenes parecen retrotraerse a los caballeros aragoneses Fortún y Jimeno Pérez Zapata de Borja, establecidos en Xàtiva tras la conquista cristiana, a mediados del siglo XIII. El cabeza del linaje era Rodrigo Gil de Borja (m. 1410), casado con Sibila Escrivà y padre de Elionor, Rodrigo, Joan, Galcerán y Jofré Gil de Borja. Hijo de un personaje homónimo, descendía, con gran probabilidad, del Gonzalo Gil de Borja que tuvo un gran protagonismo en Xàtiva en tiempos de la Guerra de la Unión (1347-1348), y fue servidor del poderoso linaje de los Vilaragut, señores de Albaida.

ALFONSVS · R · REX · REGIBVS · IMPERANS · ET · BELLORVM · VICTOR

Alfonso V el Magnánimo promocionó a Alfonso de Borja, en recompensa por el éxito de su gestión ante el papa Luna.

Suerte cambiante

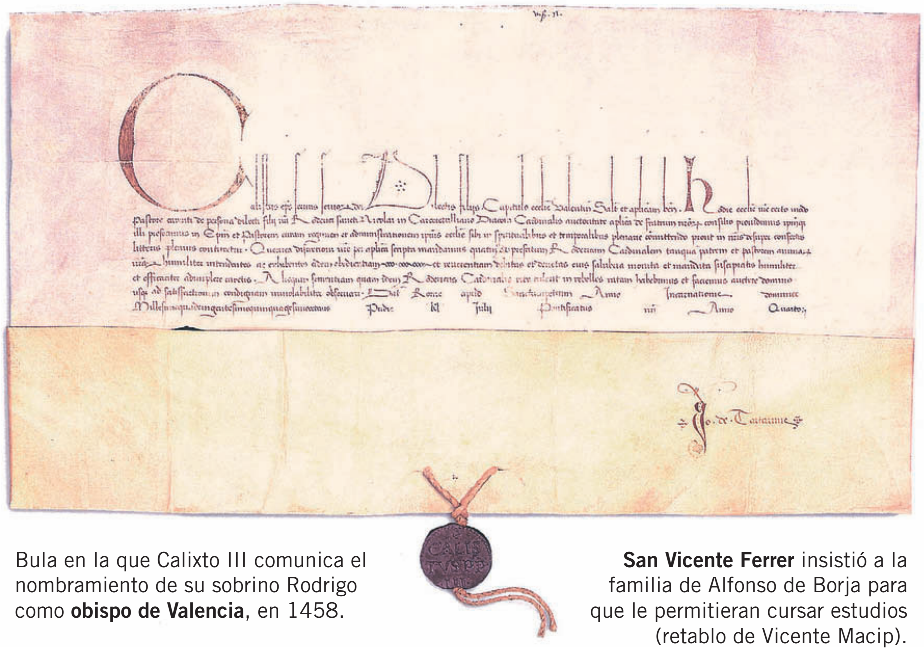
Los Borja nobles de Xàtiva, poseedores de minúsculos señoríos en las huertas circundantes, pertenecían a la élite que se beneficiaba del monopolio de las magistraturas municipales y del arriendo de los impuestos locales. Para distinguirse de los restantes Borjas de la ciudad, empleaban como sello distintivo la fórmula "Gil de Borja". En vísperas de la crisis dinástica desatada a la muerte del rey Martín el Humano (m. 1410), el linaje se encontraba en óptimas condiciones de promoción, merced a sus vínculos feudo-vasalláticos: Rodrigo y Joan murieron prematuramente, pero sus hermanos Galcerán y Jofré servían, respectivamente, a la casa de Montcada –uno de los linajes más señeros de la aristocracia de la Corona de Aragón–, y al infante Jaume d'Aragó, conde de Urgell, candidato al trono.

El sueño de un futuro dorado se desvaneció con la debacle del urgelismo, iniciada con la elección como rey de Aragón de Fernando de Trastámara, infante de Castilla (Compromiso de Caspe, 1412), y remachada con la derrota y captura del rebelde conde de Urgell (sitio de Balaguer, 1413). Fueron tiempos duros. Galcerán actuó gallardamente en defensa de los Montcada, subrepticiamente perseguidos por su tibieza frente a la nueva dinastía castellana, lo que le valió ser armado caballero, y la mano de Isabel, hija de su señor, Ot de Montcada.

A Jofré le tocó la peor parte. Él, que pudo haber sido miembro del séquito del rey Aragón, abandonó a su señor, el conde de Urgell, antes de su alzamiento

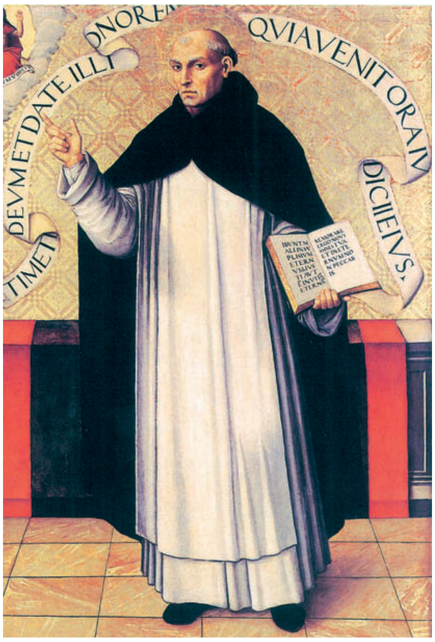
---

Luis Pablo Martínez, historiador, es coautor de *Els Borja, de la conquesta del regne a la del bisbat de Valéncia.*



Bula en la que Calixto III comunica el nombramiento de su sobrino Rodrigo como **obispo de Valencia**, en 1458.

San Vicente Ferrer insistió a la familia de Alfonso de Borja para que le permitieran cursar estudios (retablo de Vicente Macip).



en armas, para refugiarse en Xàtiva. Allí languideció durante años, consumiendo la herencia paterna y participando como testaferro, a instancias de su hermano Galcerán, en la ocultación de los bienes de los Montcada –sometidos a una intensa persecución judicial por sus acreedores, con los auspicios de los oficiales de la Corona–. ¿Quién podría pensar entonces que Jofré, triste doncel refugiado en las faldas de su madre, sería padre del mítico Alejandro VI?

Un entronque providencial

Entonces, en 1419, tuvo lugar el acontecimiento decisivo: el matrimonio de Jofré con Isabel de Borja. Isabel era hija del ciudadano de Xàtiva Domingo de Borja, personaje de la élite mercantil local –en 1420 se le cita como tintorero–, relacionado con el gobierno y los negocios municipales. En ocasiones aparece ejerciendo cometidos singulares, como la vigilancia del tráfico de mercaderías prohibidas en la frontera con Castilla (1404-1406), o la subalcaldía del Castillo de Buñol, señorío del conde de Urgell (1413). La novia aportaba al matrimonio una cuantiosa dote de tres mil florines de oro, hecho que, por sí mismo, explica por qué los Gil de Borja accedieron al entronque con plebeyos.

El enlace, sin embargo, oculta realidades y estrategias de mayor calado histórico. El factor del enlace no fue el padre, sino el hermano de la prometida, el jurista Alfonso de Borja, quien se comprometió a hacer efectiva la dote. Doctor en derecho canónico y civil y profesor del Estudi General de Lérida (la Universidad de la Corona de Aragón), había entrado al servicio del rey Alfonso V en 1417. Su eficacia como instrumento de la política de extorsión a la Iglesia practicada por el Magnánimo –que mantenía viva la llama del cisma, permitiendo la subsistencia de la corte del papa Luna en Peñíscola–, le valió una rápida progresión en la administración regia. Entró en la selecta nómina de consejeros del Monarca, y pasó, entre 1417 y 1419, de promotor de los negocios de la Corte a regente de la Cancillería. El Rey, además, negoció activamente la concesión de prebendas eclesiásticas en su favor.

Es evidente que Jofré vio en la mano de Isabel no sólo una cuantiosa dote, sino la oportunidad de salir del ostracismo por la puerta grande, ganando acceso directo a la Corte del Magnánimo. El oro y las influencias de Alfonso de Borja borraron los escrúpulos que el noble pudiera sentir por casarse con una plebeya, del mismo modo que la eficacia del jurista movió al Magnánimo a ignorar el urgelismo de los Borjas setabenses.

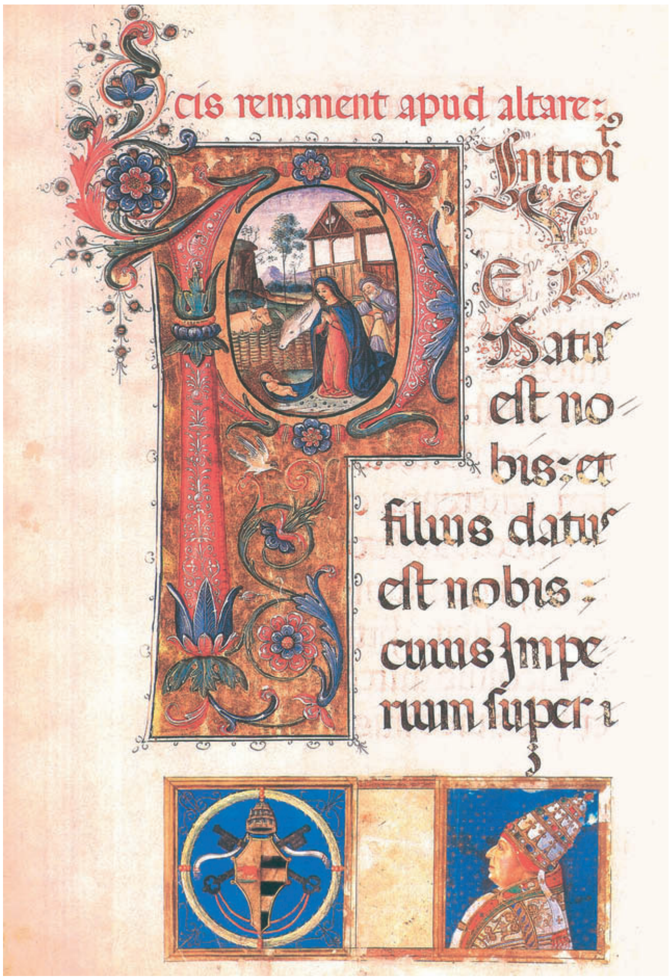
La pregunta, sin embargo, es por qué Alfonso de Borja apostó por Jofré como yerno, pudiendo elegir con seguridad, merced a su proximidad al Rey, entre vástagos de linajes mejor situados. La respuesta está en el apellido: al entroncar con los Borja nobles de su ciudad, Alfonso podía ocultar mejor la inferior calidad de su linaje; algo que facilitaría su propia promoción personal, en una sociedad estamental guiada, a la postre, por criterios de sangre. No por casualidad, Jofré, Galcerán y sus descendientes abandonaron el uso del patronímico "Gil de Borja", para pasar a utilizar la fórmula simplificada "de Borja".

Peligroso incidente

La vida parecía sonreír de nuevo a Jofré cuando, en 1420, volvió a encontrarse al borde del abismo. Su cuñado, el caballero de Alcira, Bartomeu Serra, enfrentado con la villa de Onteniente por la alquería de Morera, decidió tomarse la justicia por su mano. El síndico de la villa fue asesinado a golpes de lanza y de espada en una celada tendida por Bartomeu, Jofré y sus escuderos. La temeraria acción hizo que el gobernador del reino de Valencia dictara sentencia de muerte contra los asesinos: Bartomeu y Jofré debían ser decapitados y sus servidores, ahorcados. La deuda de sangre pudo más que el cálculo racional: la acción de Jofré como "pariente, amigo y valedor" y hombre de honor, según la fórmula y los usos de la época, pudo haber cambiado radicalmente el futuro de los Borja.

Pronto, sin embargo, se hizo notar la influencia de Alfonso de Borja, que en 1423 había sido promovido al oficio de vicecanciller. Mientras Galcerán y su madre Sibila defendían el patrimonio familiar, Jofré cruzó el Mediterráneo occidental en pos de su cuñado Alfonso, que acompañaba al Magnánimo en su intento de conseguir la Corona de Nápoles. En 1423 encontramos a Jofré actuando en Roma y Nápoles

Torre del Castillo de Xàtiva, la ciudad natal de la familia Borja, donde estuvo preso el conde de Urgell.



cis remanent apud altare:
Introi
tus
P
V
E R
Natus
est no
bis: et
filius datus
est nobis:
cuius impe
rium super

Misal de Navidad de Alejandro VI. El Pontífice aparece retratado junto a su escudo de familia en la parte inferior de la hoja.

por comisión del Rey. Ese mismo año debió regresar con la flota aragonesa, puesto que en 1424 está de nuevo en Valencia, con el perdón real bajo el brazo, habiendo sido armado caballero –tal vez al calor de alguno de los numerosos combates librados con genoveses y angevinos entre 1420 y 1424–, y nombrado alguacil de la casa real. En 1425, ante un amago de guerra con Castilla, se sumó al ejército del rey de Aragón y, dos años después, trasladó su domicilio a la capital del reino, buenos indicadores de la mejora de su posición.

La progresión del linaje continuó a paso firme. Alfonso de Borja dejó de atender los asuntos ordinarios de la Cancillería, numerosos y dispares, para incorporarse al Consejo Real, lo que le permitía intervenir en la conducción de la alta política de la Corona de Aragón. El Monarca siguió consiguiéndole prebendas y rentas a cuenta de la Iglesia, que revertían en el incremento del patrimonio de la familia y en el propio saneamiento de las finanzas reales. Ésta fue la causa principal del otorgamiento a Alfonso de Borja, en 1424, de la administración del obispado de Mallorca, en la que Jofré actuó como su procurador. La mano de Alfonso de Borja se advierte, asimismo, en la anulación por el Rey, en el transcurso de las Cortes del reino de Valencia reunidas en Morvedre (Sagunto) en 1428, de la condena a muerte de Jofré de Borja y Bartomeu Serra, emitida ocho años antes por el gobernador, y denunciada como contraria a los fueros regnícolas por el brazo militar.

Primeros pasos hacia el papado

El año 1429 supuso un hito decisivo en la promoción del linaje. La primavera trajo vientos de guerra con Castilla. El Magnánimo, necesitado de fondos para afrontar la campaña militar, incrementó su presión sobre Roma. Tras duras y complejas negociaciones en el campamento del Rey, en la raya de Aragón con Castilla, el cardenal Pedro de Foix, legado papal, accedió a la concesión de ciento cincuenta mil florines de oro, a cambio de la definitiva extinción del foco cismático de Peñíscola. Alfonso de Borja desempeñó un papel clave, siempre en cumplimiento de las instrucciones del Rey, en las negociaciones que condujeron a la renuncia del antipapa Clemente VIII, sucesor del papa Luna, el 26 de julio, y a la concesión del cuantioso subsidio. Como premio, El Magnánimo le facilitó el nombramiento por el legado como obispo de Valencia, hecho efectivo el 21 de agosto; no sin que antes, en mayo, Alfonso de Borja ingresara en las arcas reales seis mil florines de oro, seguidos de otros cinco mil florines en enero de 1430.

El control de la rica diócesis de Valencia suponía un gran salto cualitativo en las expectativas de promoción del linaje, y el primer hito en el camino de Alfonso de Borja hacia la conquista del papado, al que llegaría veinticinco años más tarde, en 1454, adoptando el nombre de Calixto III. ■

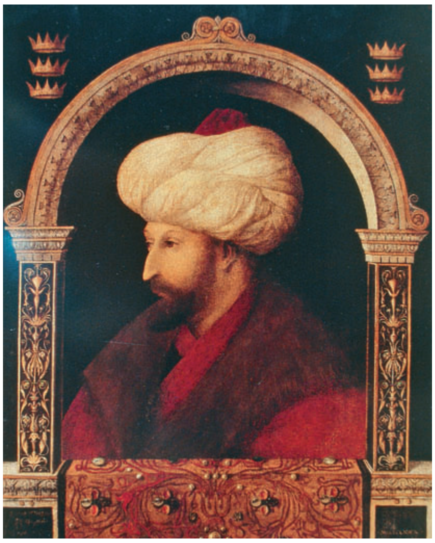
Calixto III y Alejandro VI

PAPAS DE HIERRO

Mostraron con determinación y astucia las habilidades políticas adquiridas en la Corte aragonesa y en la curia. **Miguel Navarro** analiza su empeño en consolidar a cualquier precio la autoridad papal en los Estados Pontificios, preservar el equilibrio italiano y defenderse del peligro turco

Cuando, el 12 de abril de 1455, los cardenales que habían participado en el cónclave reunido para elegir al sucesor de Nicolás V escribieron a los príncipes cristianos, comunicándoles que la elección había recaído en el cardenal-obispo de Valencia, Alfonso de Borja, manifestaron que la primera razón que les había impulsado a elegirlo había sido su habilidad en la administración de los negocios políticos, avalada por su amplia experiencia como consejero del rey Alfonso el Magnánimo y por su pericia jurídica, de la que había comenzado a dar muestras en la Universidad de Lérida.

La opinión de los cardenales reflejaba la fama pública que gozaba Alfonso de Borja como "el más eminente entre todos los juristas de su tiempo" (Eneas Silvio Piccolomini). Y lo mismo puede decirse de su sobrino Rodrigo de Borja, el papa Alejandro VI, al que un contemporáneo definía como "hombre de espíritu emprendedor (...) provisto de imaginación y de gran capacidad oratoria; astuto de naturaleza, que muestra su habilidad a la hora de actuar", pues era tenido por persona de vivo ingenio, buen conocedor del Derecho canónico, experto en la administración de los negocios curiales y hábil en el manejo de los asuntos políticos y diplomáticos.



Mehmet II, el impulsor de la expansión turca en Europa oriental, retratado por Gentile Bellini (Londres, National Gallery).

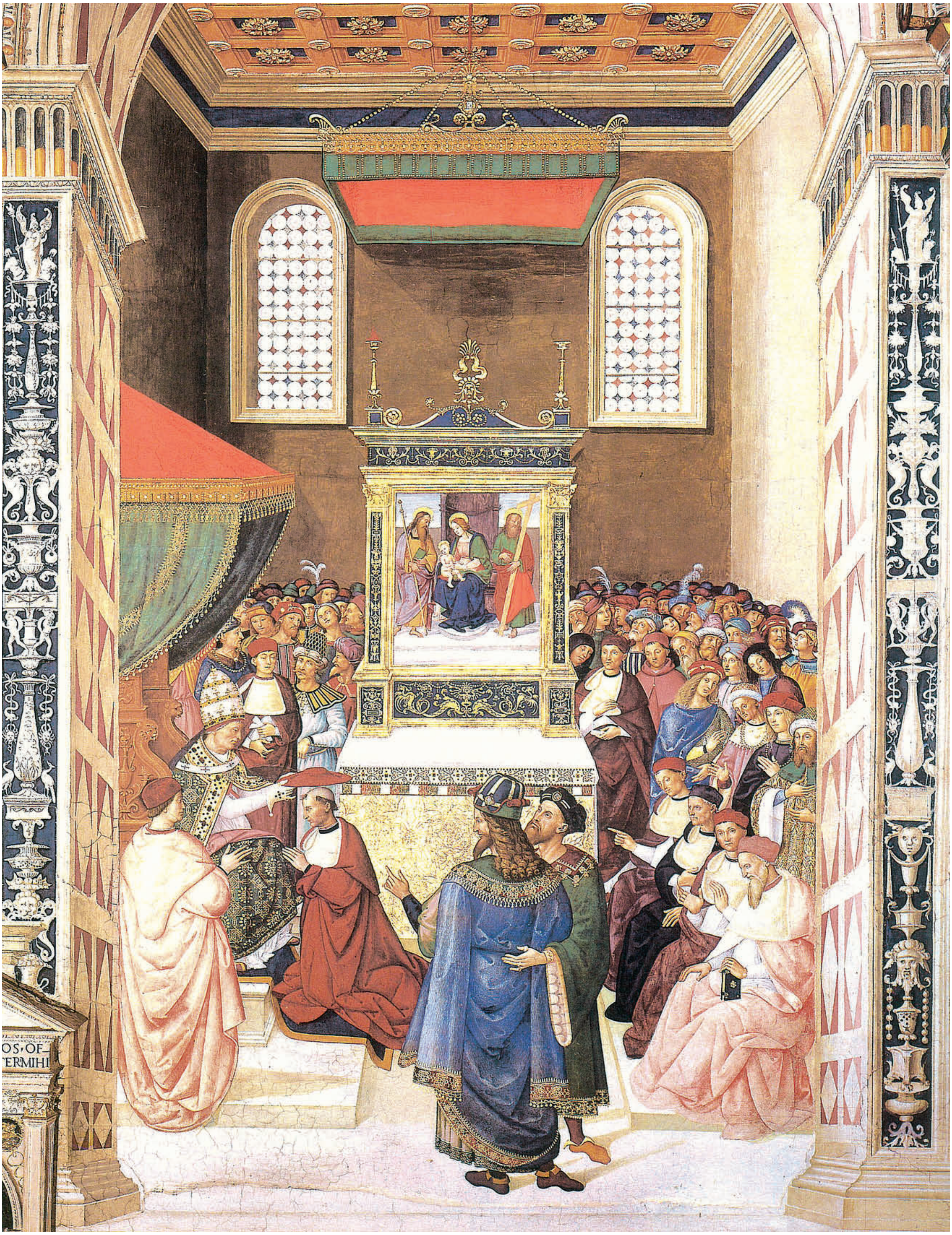
Puede afirmarse que los Borja tenían una especial habilidad para la política, y lo mostraron en su actuación como papas, la cual se dio en el marco de tres circunstancias que fueron características del papado de su tiempo: la oposición a los turcos, la defensa del equilibrio político italiano y la consolidación de la autoridad papal en los Estados Pontificios. Calixto III se centró en el primer aspecto, mientras que en Alejandro VI prevalecerá el último.

Calixto III, obsesión por el turco

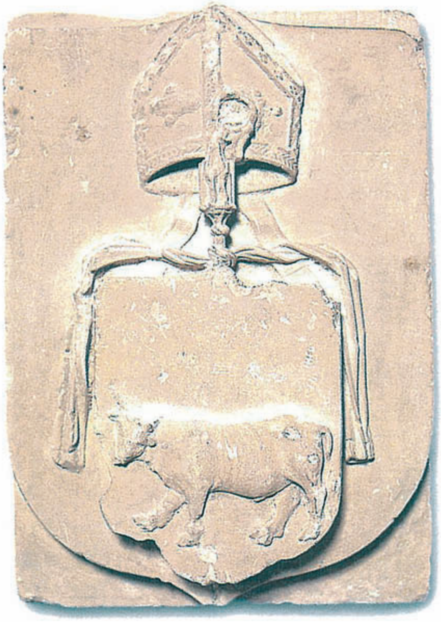
La lucha contra el turco fue la característica dominante del pontificado de Calixto III. Constantinopla había caído en manos de Mehmet II en 1453 y sus ejércitos avanzaban peligrosamente sobre Europa, por lo que, apenas elegido papa, Calixto hizo un voto, obligándose a gastar todas sus energías en la lucha contra los infieles. Y no fueron simples palabras, sino que el anciano pontífice sorprendió por la energía que desplegó en este asunto, proclamando una cruzada que debía

---

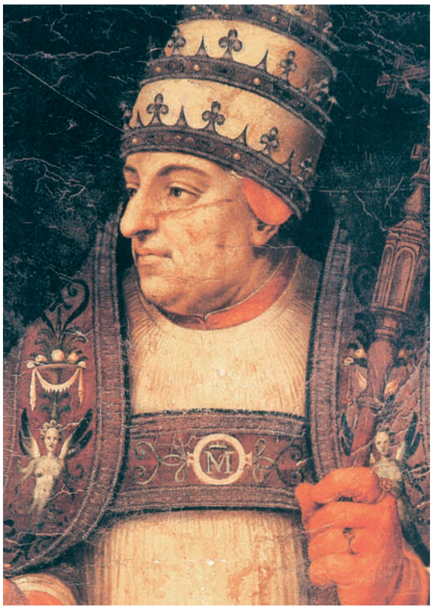
Miguel Navarro Brotons, historiador, es coautor de *Els Borja, de la conquesta del regne a la del bisbat de València.*



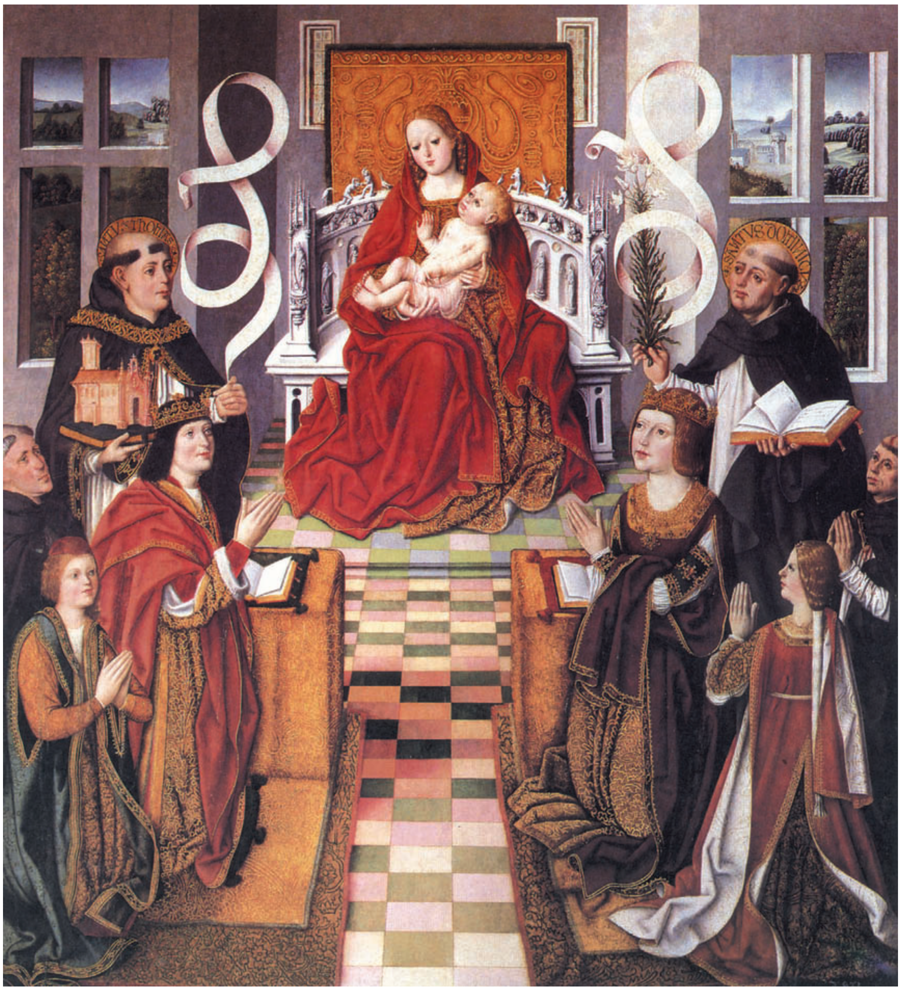
Calixto III imponiendo el capelo cardenalicio a Eneas Silvio Piccolomini, más tarde papa Pío II y protector de Rodrigo de Borja en la curia romana.



Escudo episcopal de Alfonso de Borja, en el que el toro de la familia aparece coronado por la mitra (Catedral de Valencia).



Rodrigo de Borja, papa Alejandro VI, en la galería de retratos realizada por Juan de Juanes para la Catedral de Valencia.



La Virgen de los Reyes Católicos, junto a los que figuran sus hijos Juan y Juana. Alejandro VI les otorgó el título de Católicos y les concedió las tierras a descubrir al otro lado del Atlántico.

partir el 1 de marzo de 1456, imponiendo décimas para sufragarla y enviando predicadores que la anunciasen por toda la cristiandad. Llamó en su ayuda a los príncipes cristianos, pero sus requerimientos cayeron en el vacío, pues éstos se encontraban divididos por sus intereses nacionales y no estaban dispuestos a soportar los enormes gastos que la empresa suponía.

Sin embargo, no se dio por vencido y, a pesar de la falta de apoyo, acometió en solitario la cruzada, pues los turcos presionaban sobre Hungría y sabía que, si ésta caía en sus manos, tendrían abiertas las puertas del resto de Europa. Se imponía una doble maniobra: al tiempo que se presentaba una fuerte resistencia terrestre, debía atacarse por mar, con el fin de obligar al enemigo a dividir sus fuerzas. El dinero recaudado para la cruzada y el proveniente de empeñar y vender muchas de sus joyas, lo destinó a armar naves con las que formó una pequeña flota de 16 navíos que puso al mando del arzobispo de Tarragona, quien, en lugar de dirigirla contra los turcos, se dedicó a la piratería. El Pontífice lo destituyó y envió en junio de 1456 una segunda flota al mando del cardenal Ludovico Trevisán, que obtuvo algunas pequeñas victorias, pero no causó daños serios al enemigo.

Resistencia por tierra

Al mismo tiempo, animó Calixto III la resistencia por tierra, tanto en Albania, donde sostuvo al caudillo Scanderbeg, como en Hungría, donde envió como legado al cardenal Carvajal junto con san Juan de Capistrano, quienes reunieron dinero y tropas con los que el héroe local Juan Huniady obtuvo la victoria de Belgrado. La preocupación turca fue, en verdad, la "única obsesión" de Calixto III, como él mismo confesó en diversas ocasiones, y el resto de su política estuvo subordinada a este objetivo.

En efecto, como sabía que la cruzada no tendría éxito si no se aseguraba antes la paz de Italia, Calixto se preocupó de mantener el equilibrio político italiano, distanciándose para ello del Magnánimo, a fin de disipar los recelos de las potencias de Italia, que temían que el papa valenciano favoreciera las miras expansionistas de su antiguo señor, el rey de Aragón y Nápoles. De ese modo, el pontificado de Calixto III gastó la mayor parte de sus energías en una lucha estéril con Alfonso V, tanto en el campo de la colación de los beneficios eclesiásticos como en el de la política italiana.

Trabajando día y noche en la animación de la empresa contra el turco, Calixto se negó a abandonar Roma durante el pestilente verano de 1458, y allí le sorprendió la muerte el día 6 de agosto. Sus restos fueron enterrados en la capilla de Santa María de las Fiebres, del Vaticano, mientras en Roma estallaba una violenta reacción contra sus paisanos.

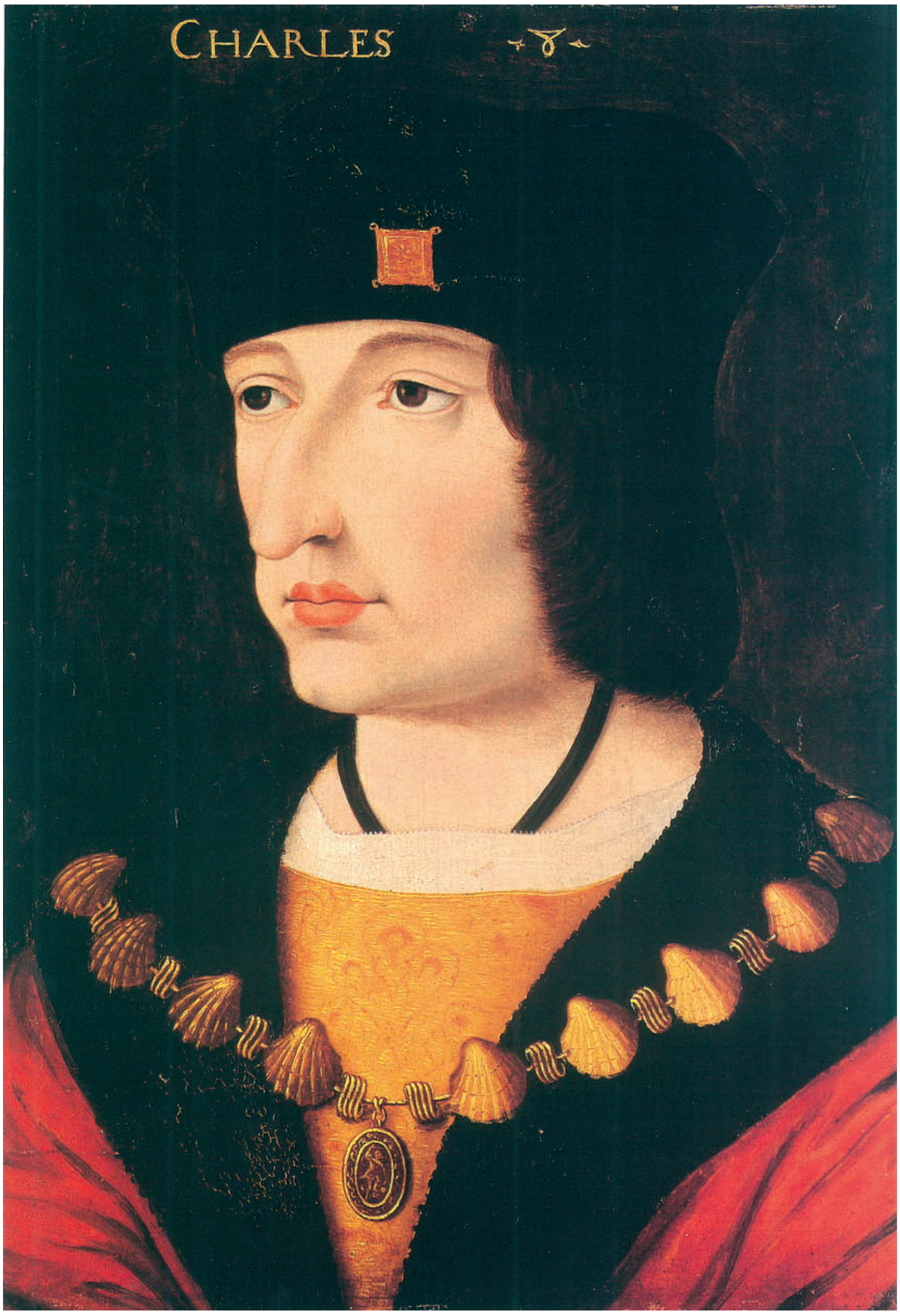
Alejandro VI, poder y familia

La elección papal del cardenal Rodrigo de Borja, el 11 de agosto de 1492, no provocó particular escándalo ni entre el pueblo ni en las cortes, sino esperanza por tratarse de un político hábil y estadista capaz. Sin embargo, esta esperanza se desvaneció pronto, al enredarse Alejandro VI en una oscilante política, donde los intereses de Estado –asegurar el equilibrio de las potencias italianas para garantizar la paz y salvaguardar la independencia del papado– se entrelazaban con los familiares, en concreto el enaltecimiento de su prole.

Así, en abril de 1493, entró en liga con Milán y Venecia frente a Nápoles y la selló mediante el matrimonio de su hija Lucrecia con Giovanni Sforza, sobrino de Ludovico el Moro. Pero poco después, en parte por miedo al rey Carlos VIII de Francia, que le solicitaba la investidura del reino napolitano, amenazando con venir a conquistarlo, y en parte solicitado por los Reyes Católicos –título que él mismo les concedería en 1496–, que favorecieron a sus hijos César y Joan en España, se acercó a Ferrante de Nápoles, y entabló negociaciones para casar a su hijo Jofré con la nieta del rey, Sancha de Aragón. La muerte de Ferrante no interrumpió esta alianza y, en mayo de 1494, envió a Nápoles al cardenal Joan de Borja, para que coronase al nuevo rey, Alfonso II, y bendijese el matrimonio concertado.

Aunque su nueva política no impidió que el rey francés viniera a Italia, aprovechando el malestar internacional causado por ello, en marzo de 1495, Alejandro entró en la Liga Santa, concertada entre el emperador Maximiliano, España, Venecia y Milán contra el turco, pero en realidad con el único objetivo de arrojar a los franceses de Italia. Ante esta formidable amenaza Carlos VIII abandonó Italia, y el Papa pudo afirmar su autoridad sobre los Estados Pontificios, sometiendo a los barones del Patrimonio que habían ayudado a los franceses. Para ello hizo venir de España a su hijo Joan, lo nombró capitán de la Iglesia y lo dirigió contra los Orsini. Asimismo, para asegurar su autoridad dentro del colegio cardenalicio –en el que ya había incluido a su resobrino Joan de Borja Navarro (1492) y a su hijo César (1493)–, en 1496 otorgó el capelo a otro resobrino, Joan de Borja-Llançol, a los valencianos Joan Llopis y Bartomeu Martí y al catalán Joan de Castre. El 28 de septiembre de 1500, nombró cardenal a otro resobrino, Pere Lluís de Borja-Llançol, y a sus parientes Francesc de Borja y Jaume Serra.

Alejandro continuó su política de acercamiento a Nápoles, para lo cual, a finales de 1497, anuló el matrimonio de su hija Lucrecia con Giovanni Sforza, alegando que no se había consumado, y la casó con Alfonso de Aragón, duque de Bisceglie, hijo natural de Alfonso II



Carlos VIII, rey de Francia, perdió su pulso contra Alejandro VI para hacerse con el reino de Nápoles y tuvo que retirarse de Italia por temor a la Liga Santa.

de Nápoles. Pero un año después, como el nuevo monarca napolitano, Federico III, no accedía a la propuesta de casar a César Borja –secularizado en 1498– con su hija Carlota de Aragón, pues los Reyes Católicos se oponían a ello, el Pontífice se aproximó a Luis XII de Francia, otorgándole la nulidad de su matrimonio con Juana de Valois. A cambio, el francés propició el matrimonio de César con su pariente Carlota d'Albret, hermana del rey de Navarra, y le concedió el ducado de Valentinois.

Aunque no fue capaz de reformarse a sí mismo, Alejandro VI fue sensible a los intentos de reforma eclesiástica

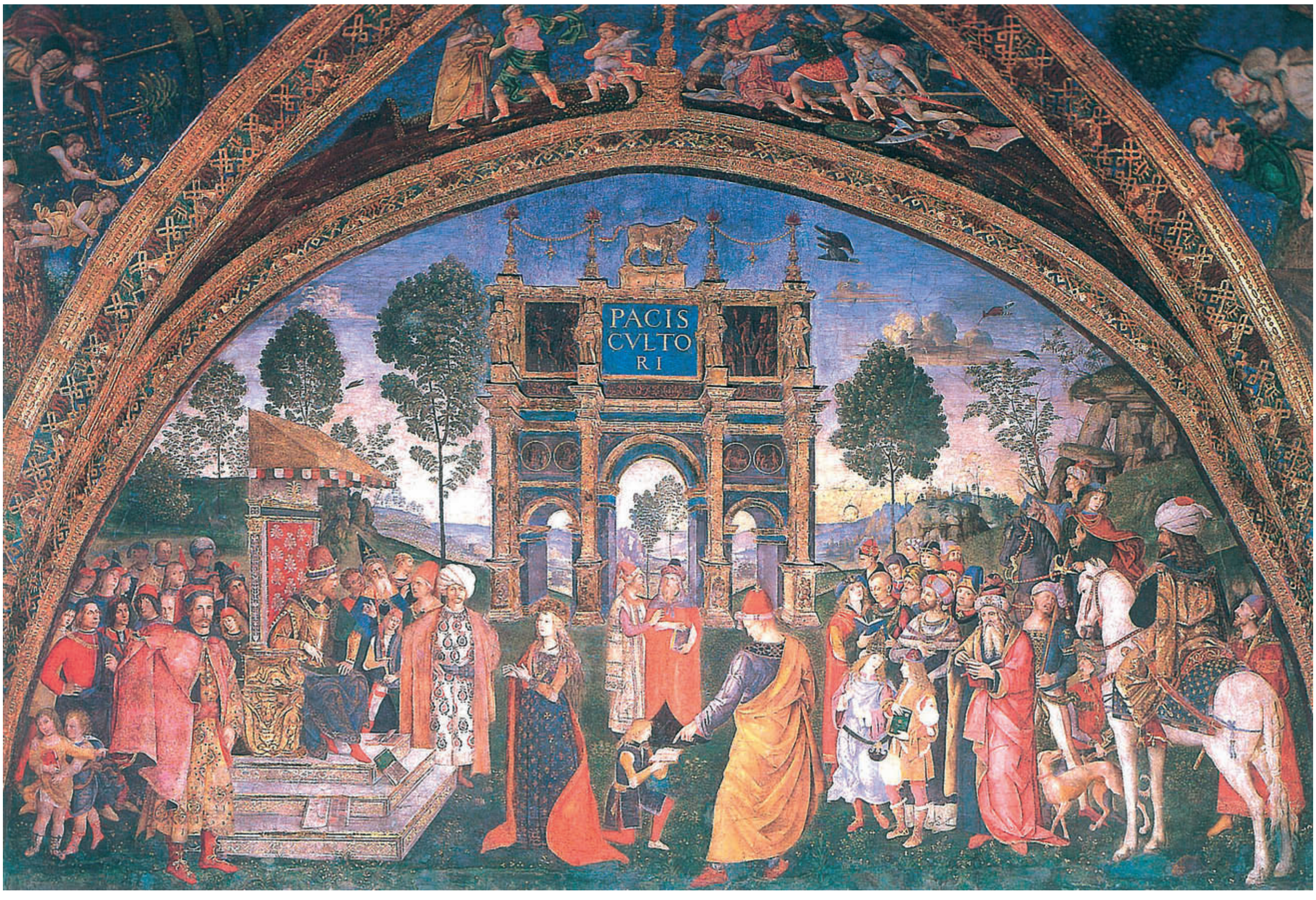
Así, cuando Luis XII entró en guerra con Milán, aunque el Papa guardó neutralidad, permitió que César se pusiera de lado del Rey y que, con la ayuda de éste, comenzase a conquistar los pequeños señoríos de las regiones de Romaña y las Marcas, pues consideraba depuestos a sus señores por no haberle guardado fidelidad. Ciertamente, Alejandro pretendía fortalecer así su autoridad sobre los Estados Pontificios, haciendo de ellos un baluarte contra las amenazas extranjeras, pero el método usado, abusivamente nepotista, despertó la desconfianza de los Estados italianos, quienes temían que se tratase "de un estado de los Borja, no de la Iglesia" (G. B. Picotti).

En efecto, en 1500, nombró a César capitán general de la Iglesia y, al año siguiente, duque de Romaña, uniendo los territorios que había conquistado en un gran feudo dentro de los Estados Pontificios. El último ligamen de la política papal con los aragoneses de Nápoles se deshizo con la muerte del duque de Bisceglie (agosto de 1500), probablemente por orden de César, lo cual permitió casar a Lucrecia con Alfonso d'Este, heredero del ducado de Ferrara. Esta alianza, además de asegurar la posición de César en Romaña, favorecía las campañas expansionistas que éste había comenzado en Toscana.

Entretanto, Alejandro accedió al reparto del reino de Nápoles entre Francia y Aragón, pensando obtener así un equilibrio que le permitiera actuar con mayor libertad en los Estados Pontificios. Sin embargo, las victorias españolas en Nápoles le obligaron a reconciliarse con los Reyes Católicos y buscar una alianza con Venecia y el Imperio. En ello estaba cuando falleció el 18 de agosto de 1503, debido a la malaria. Su cuerpo fue sepultado provisionalmente junto a su tío Calixto III y, en 1601, los restos de ambos fueron trasladados a la iglesia de la Corona de Aragón en Roma, Santa María de Montserrat, donde todavía reposan.

Las "bulas" alejandrinas

En la política internacional de Alejandro VI destaca su intervención en los asuntos americanos, a requerimiento de los Reyes Católicos, quienes en 1493 enviaron un embajador a Roma para obtener

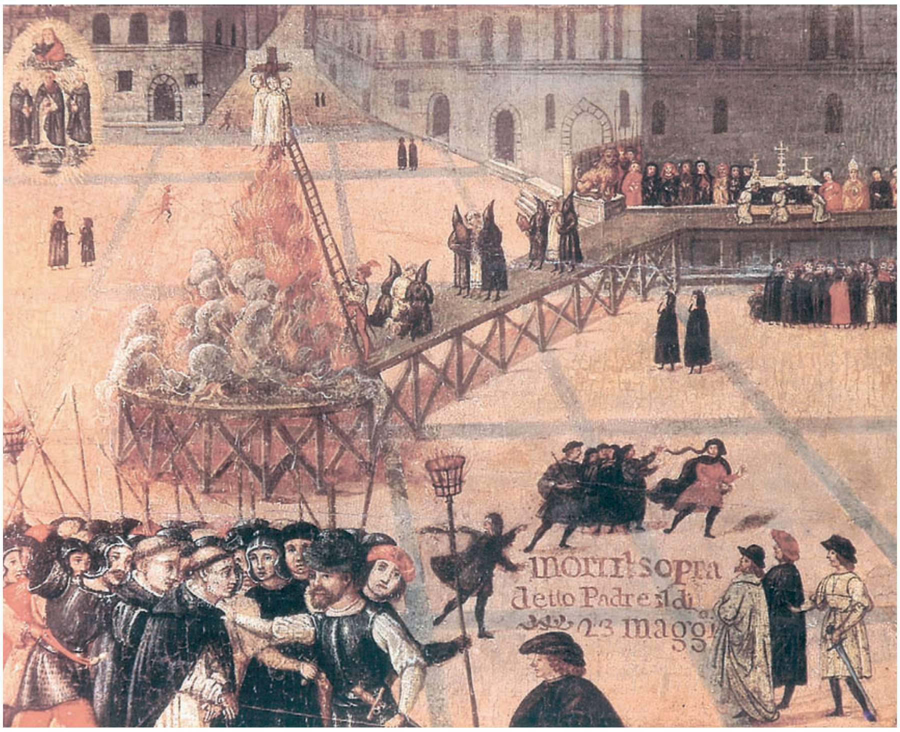


Disputa de Santa Catalina, obra de Il Pinturicchio. En la obra se ha querido ver el retrato de **Lucrecia Borgia**, que representaría a la santa.

bulas que les otorgasen el dominio de los territorios descubiertos por Colón y los que en el futuro se descubriesen, ya que el rey de Portugal se lo disputaba en base a ciertos documentos pontificios.

Recurriendo anacrónicamente a la ideología teocrática de la Donación de Constantino, que confería al Papa un poder omnímodo como *dominus orbis,* el 3 y el 4 de mayo de 1493 Alejandro emitió dos breves bulados, llamados *Inter cetera*, en los que concedía a los Reyes Católicos las tierras descubiertas y a descubrir en el Atlántico, que estuviesen situadas más allá de una línea de demarcación establecida cien millas al oeste de las Azores, a condición de que se empeñaran en la evangelización de sus nuevos súbditos, con lo que abría el camino a la obra de cristianización que los misioneros de España y Portugal llevaron a cabo en América, donde envió con amplios poderes al franciscano Bernat Boïl, para que dirigiera la labor misionera.

Ahora bien, al año siguiente, en el Tratado de Tordesillas, los reyes de Portugal y de Castilla-Aragón cambiaron a su arbitrio la demarcación establecida por el Pontífice, sin conocimiento ni permiso de éste, lo cual indica que no retenían la donación papal como el principal fundamento jurídico de sus derechos sobre los territorios americanos, sino como un mero derecho subsidiario para justificar su monopolio en la conquista.



Ejecución de Savonarola y dos compañeros dominicanos, en Florencia, en mayo de 1498. El fraile había combatido a Alejandro VI, del que llegó a decir que no creía en Dios.

Reforma pendiente

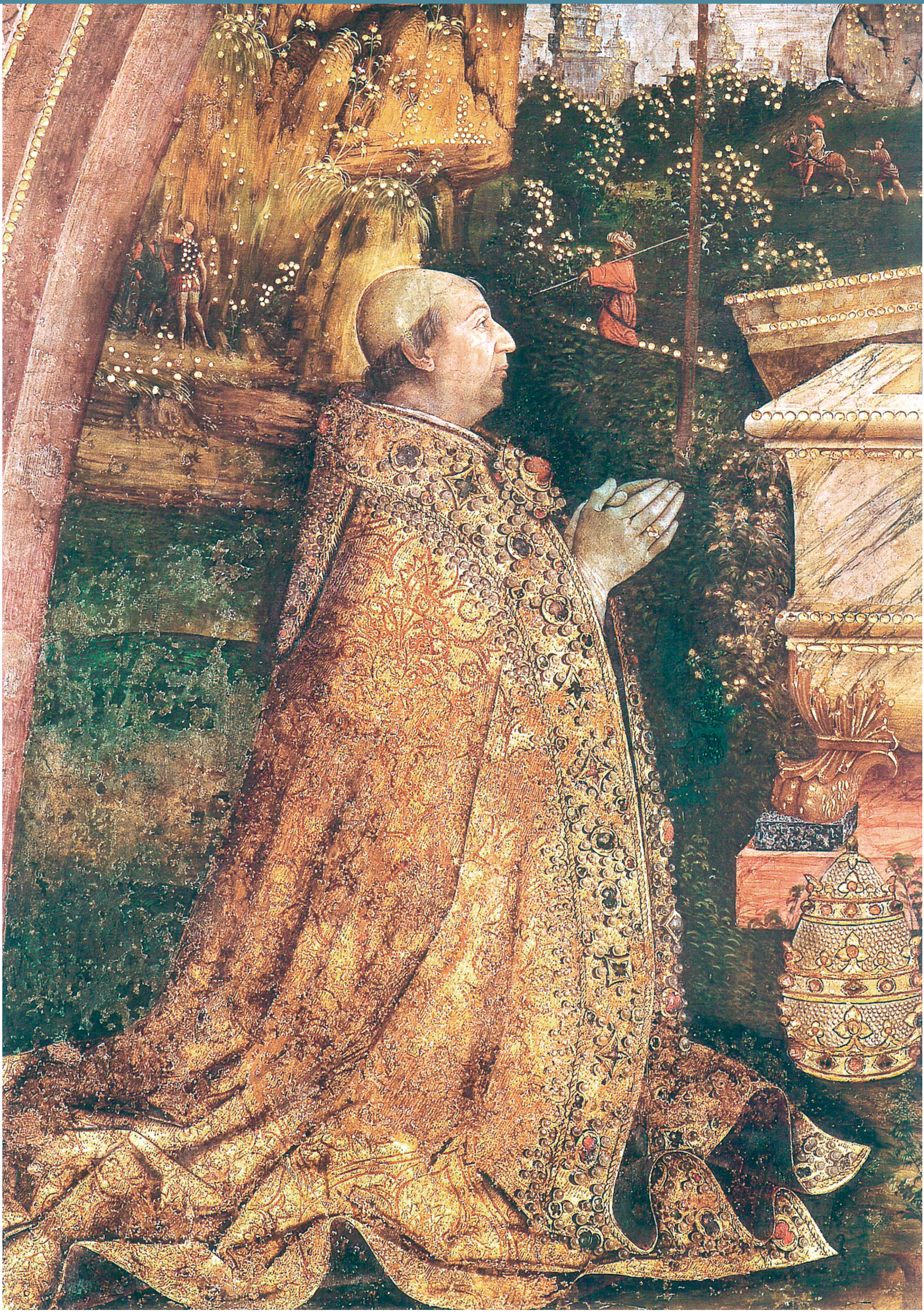
Ocupado en su cruzada contra el turco, Calixto III no pudo prestar atención a la reforma de la Iglesia, aunque su vida personal fue integrísima, y tampoco su sobrino Alejandro fue demasiado sensible a las ansias de reforma que pululaban en la Iglesia. A éstas daba voz en Italia el prior del convento dominico de San Marcos de Florencia, Girolamo Savonarola, quien criticaba los vicios de la curia romana y presentaba a Carlos VIII de Francia como enviado por Dios para la reforma de ésta. Alejandro le prohibió predicar y Savonarola se sometió; pero pronto volvió al púlpito, despreciando las órdenes papales, desde donde atacó directamente al pontífice y su Corte. Por ello, y por negarse a aceptar la Congregación dominicana de los conventos de Toscana y de Roma, que Alejandro había decretado, fue excomulgado en mayo de 1497.

Pero Savonarola hizo caso omiso de la excomunión, considerándola inválida, aguzó sus invectivas contra el Papa, e incluso incitó a los monarcas cristianos para que convocaran un concilio que depusiera al pontífice, pues –decía– “este Alejandro no es Papa (…), ya que, prescindiendo del hecho de que ha comprado la cátedra pontificia (...), y de sus vicios que todos conocen, yo sostengo que no es cristiano ni cree en la existencia de Dios”.

Ante estos ataques, el Papa exigió a la Señoría florentina el encarcelamiento de Savonarola. Finalmente, después de diversos avatares, cuando el fraile perdió el favor popular al negarse a pasar por la prueba del fuego, que él mismo había solicitado como testimonio de su misión divina, sus adversarios políticos aprovecharon la ocasión para arrestarlo y, tras un proceso en el que tomaron parte dos comisarios pontificios, condenarlo a la pena capital, que fue ejecutada el 23 de mayo de 1498.

Casi dos años antes, a consecuencia del dolor que le produjo el asesinato de su hijo Joan, en junio de 1497, el segundo papa Borja había encargado a una comisión de seis cardenales la elaboración de un programa de reforma de la curia, que no tuvo eficacia, pues, con el paso del tiempo, los buenos sentimientos del Pontífice se disiparon, y, como escribe Zurita, a la par que “el dolor de la muerte del duque se fue aliviando, los pensamientos y entendimiento del Papa volvieron a su natural”. De modo que la bula de reforma preparada por los cardenales –que comprendía 128 puntos– no se publicó, perdiéndose una excelente ocasión de renovación eclesial que, a juicio de M. Batllori, “de haberse puesto en práctica, le hubiera redimido ante la historia y tal vez hubiera podido impedir graves daños a la Iglesia”.

Ahora bien, aunque no fue capaz de reformarse a sí mismo, Alejandro fue sensible a los intentos de reforma que vinieron de fuera, sobre todo en el campo de la vida religiosa. Así, sostuvo los esfuerzos reformadores surgidos en el seno de distintas órdenes religiosas o promocionados desde las Cortes, especialmente entre los agustinos, franciscanos y dominicos. Apoyó las Congregaciones de Observancia, aprobando nuevas congregaciones como la reforma guadalupiana de los franciscanos españoles, así como la austerísima orden de los Mínimos, fundada por san Francisco de Paula. Cabe destacar el favor que prestó a la reforma del episcopado castellano impulsada por la reina Isabel, que produjo obispos tan eximios como fray Hernando de Talavera, Cisneros y otros muchos. ■



El papa Alejandro VI, en un **fragmento de *La resurrección*, obra de Il Pinturicchio**, en los Apartamentos Borgia del Vaticano.

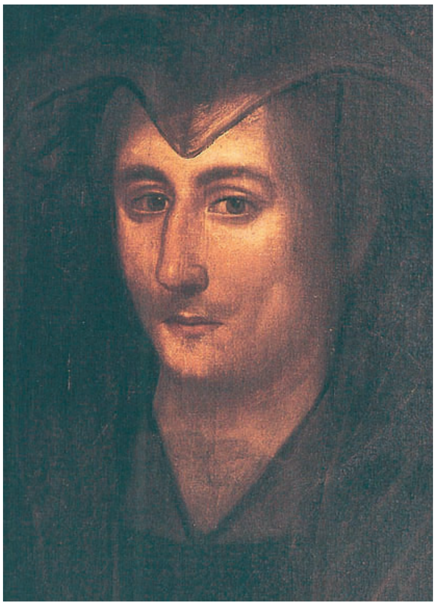
Familia de LEYENDA

La asociación de poder, sangre y lujo ha ejercido siempre una fascinación irresistible. Los Borgia derrocharon con profusión los tres elementos durante varias generaciones. Por ello, señala **JOAN F. MIRA**, su legado histórico se difuminó pronto bajo el perfil heroico de la leyenda

Un día de primeros de enero del año 1500, Lucrecia Borgia salió de su palacio contiguo a San Pedro del Vaticano para ir a ganar el jubileo. Recorrió las basílicas romanas rodeada de un séquito de damas, caballeros, nobles y prelados, rezó las oraciones correspondientes, volvió a casa, y los peregrinos pudieron constatar que la hija del Papa reinante cumplía devotamente sus deberes religiosos. En aquel momento, Lucrecia era esposa feliz de su segundo marido, el príncipe napolitano Alfonso de Aragón, y su hermano César había dejado el cardenalato para casarse con Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra, y asegurarse así la protección del rey de Francia para sus planes militares en el centro de Italia. En cuanto a los otros hermanos Borgia, Joan –duque de Gandía y marido de una prima de Fernando el Católico– había sido asesinado misteriosamente tres años antes, seguramente por obra de la familia romana de los Orsini, enemiga de los Borgia, hecho que le produjo un terrible dolor a su padre el papa; y el pequeño Jofré estaba casado con Sancha, otra princesa de la casa de Nápoles, una jovencita de conducta ligera y final desgraciado.

Aquel año 1500, excepto por la trágica muerte de su hijo Joan, que había sido su predilecto, el papa Alejandro VI podía estar bien satisfecho de su vida y del lugar a donde había llegado: el control de los Estados de la Iglesia era creciente, el poder de los grandes barones romanos no era ya un peligro para el Papa, sus proyectos de dominio sobre el centro de Italia iban por buen camino, su linaje era titular del más importante ducado del reino de Valencia, su yerno y sus nueras eran miembros de casas soberanas, y quizá fundaría un principado nuevo entre Toscana y Romaña para su hijo César Borgia. Cosas que un niño de Xàtiva, nacido casi setenta años antes en el reino periférico de Valencia, no hubiera podido soñar ni en la más ardiente de sus fantasías.

JOAN F. MIRA, antropólogo e historiador, es autor de *Los Borja. Familia y mito.*



Vannozza Cattanei, amante de Alejandro VI durante una década y madre de cuatro de los hijos del Papa, entre ellos César y Lucrecia.

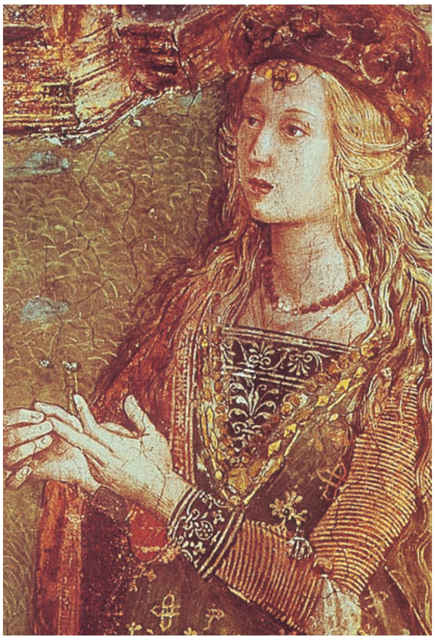
La historia antes que el mito

La peripecia de más de cien años de la familia Borgia sería difícilmente imaginable si no fuese del todo real: un linaje de la pequeña aristocracia valenciana que en menos de medio siglo da dos papas y una docena de cardenales a la Iglesia romana, que ocupa durante largos años el centro del poder de la misma Iglesia –que es tanto como decir el centro de Roma y de la Europa renacentistas–, que casa a sus hijos (¡hijos de Papa!) con miembros de las más altas familias reinantes, que se convierte en protagonista de las luchas por el poder en Italia… que, al mismo tiempo, da origen a un cúmulo de infamias como no han vuelto a conocer el pontificado y la Iglesia romana. Y que, más tarde, cierra el increíble círculo produciendo un gran santo, general de la Compañía de Jesús en plena Contrarreforma. La fantasía de un novelista audaz no hubiera podido imaginar una historia como ésta.

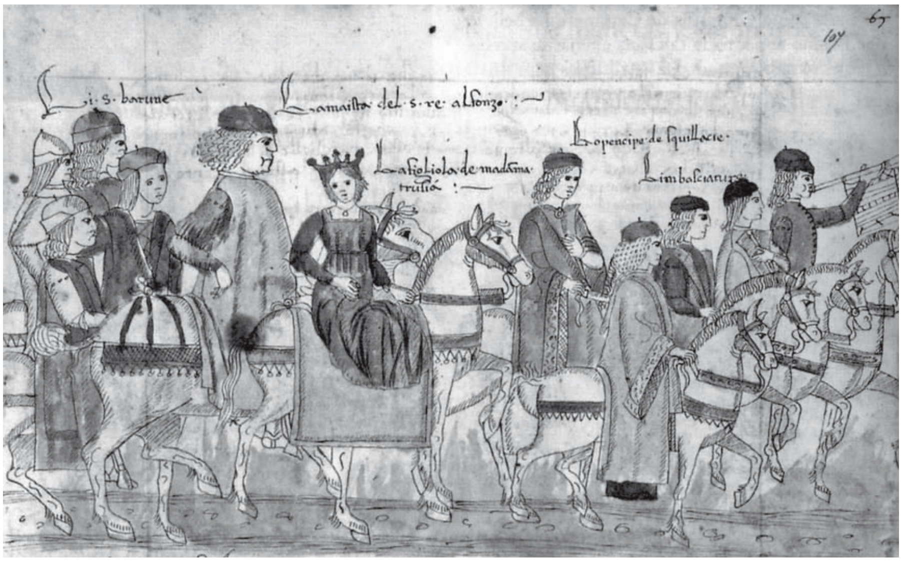
Hay una leyenda inicial, según la cual, un día de principios del siglo XV, Vicente Ferrer predicaba en la ciudad de Lérida, y un joven clérigo y jurista, natural de la ciudad valenciana de Xàtiva, se entusiasmó con el sermón del célebre fraile dominico, y éste lo vio, lo llamó, y parece que le dijo: “Tú serás Papa, y a mí me harás santo.” Leyenda o no, el caso es que Alfonso de Borja, ya anciano, contaba el hecho como verdadero: la prueba era que, en efecto, él llegó a papa con el nombre de Calixto III y promovió la canonización del taumaturgo valenciano. Por cierto, el ascenso de Alfonso de Borja desde el anonimato al pontificado fue posible gracias a una carambola histórica: el rey Alfonso el Magnánimo le encargó que liquidara los últimos restos del Cisma de Occidente, es decir, el reducto de la villa y castillo de Peníscola donde se había encerrado el *Papa* rebelde sucesor de Benedicto XIII con media docena de cardenales residuales, y el jurista de Xàtiva cumplió el encargo a la perfección. El antipapa reconoció al pontífice legítimo de Roma y abdicó, y Alfonso de Borja fue nombrado obispo de Valencia como premio a su éxito diplomático. Y así comenzó la historia de un linaje que sería universal.

Pocos años después el obispo de Valencia, instalado en Nápoles como consejero de Alfonso el Magnánimo, era nombrado cardenal y se trasladaba a Roma, donde habitó el palacio de Santi Quattro Coronati, y a donde llamó a sus sobrinos valencianos para enviarlos después a estudiar a Bolonia, siguiendo su amor por los estudios jurídicos. En el cónclave de 1455, jugando entre los intereses opuestos de Milán, Venecia y Francia, Alfonso de Borja consiguió ser elegido papa, con el nombre de Calixto III. Tenía ya setenta y siete años, pero le sobraron energías para organizar la defensa de Belgrado contra los turcos, y hay que recordar que si en aquel verano de 1456 Mehmet II –que tres años antes había conquistado Constantinopla– hubiera ocupado Belgrado, los otomanos habrían tenido el camino libre hasta Budapest y Viena, y la historia de Europa hubiera cambiado dramáticamente. También tuvo tiempo Calixto III para enemistarse con casi todo el mundo, comenzando por el mismo rey Alfonso, y para nombrar cardenales a dos sobrinos y llenar Roma de compatriotas suyos más o menos aventureros: hasta trescientos *catalani,* la mayor parte valencianos, aparecen con cargos en Roma en la documentación de la época.

Calixto III murió en 1458, y su joven sobrino Rodrigo, cardenal y vicecanciller de la Iglesia, supo aprovechar perfectamente su posición como cabeza de la administración vaticana a lo largo de más de treinta años: fue ganando influencia en la curia y en Roma, aumentó su riqueza y sus títulos eclesiásticos, y llegó a ser el cardenal más poderoso de la Iglesia romana. Tuvo más de media docena de hijos –cosa nada extraña entre los prelados de la época–, tres de madre desconocida y cuatro de Vannozza Cattanei, la "casi esposa" pública y reconocida del cardenal, una dama respetable. Ya a los sesenta años, el verano de 1492, consiguió ser elegido papa negociando con sus competidores, haciendo grandes promesas, y quién sabe si comprando votos con dinero abundante –aquí ya empieza la leyenda, con fábulas sobre mulas cargadas de plata…–. Evidentemente, lo primero que hizo fue nombrar cardenales a varios sobrinos suyos, y situar a miembros de su familia o de su entorno inmediato en cargos importantes de la curia pontificia y como capitanes de tropas y castillos. Era "normal", lo hacían todos los papas, y el "nepotismo" *(cardinalis nepos)* significaba una garantía de lealtad para el Pontífice, sobre todo para un papa no italiano, que no podía fiarse de nadie más que de su familia y sus propios compatriotas. Lo que no era tan habitual es que el Papa nombrara cardenal a un hijo suyo, y a otro capitán general de los ejércitos pontificios, los dos jovencísimos, con menos de veinte años. Y que tuviera que calcular alianzas políticas y dinásticas para conseguir los matrimonios más ventajosos para su propia y numerosa prole. Mucho menos "normal" era que el protagonista de este ascenso fulgurante no fuera un linaje romano ni italiano, sino una familia extranjera, incrustada en la historia italiana de manera del todo excepcional. Era una cosa que no tenía precedentes en Roma, y que de hecho no se ha vuelto a producir en la historia de la Iglesia: una aventura irrepetible.



Presunto retrato de **Lucrecia Borgia a los 17 años,** por Il Pinturicchio. Su padre la casó varias veces por intereses políticos.


65
104
Li s. barune
La maista del s. re alfonzo :
Lo prencipe de squillacie
La fiolliola de madama trulia :
Li imbasciaturi

Sancha de Aragón y Jofré Borgia, en su boda en Nápoles, en 1494. Sancha, con corona, va precedida del hijo de Alejandro VI, recién nombrado príncipe de Esquilache

Una leyenda especialmente negra

Poco después de aquel año del jubileo, a finales de 1501, Joannes Burchard, maestro de ceremonias de Alejandro VI, transcribía en su célebre diario una supuesta carta al noble Silvio Savellí, llena de las más feroces acusaciones contra el pontífice reinante. La carta debió de ser escrita por algún miembro de la poderosa familia Colonna –víctima reciente de las confiscaciones papales– con la intención de que llegara a las manos del emperador Maximiliano y otros soberanos de Europa, como medio para impedir las maniobras políticas y militares de los Borgia, que pretendían imponer un orden nuevo en Roma, en los Estados de la Iglesia y en toda Italia central.

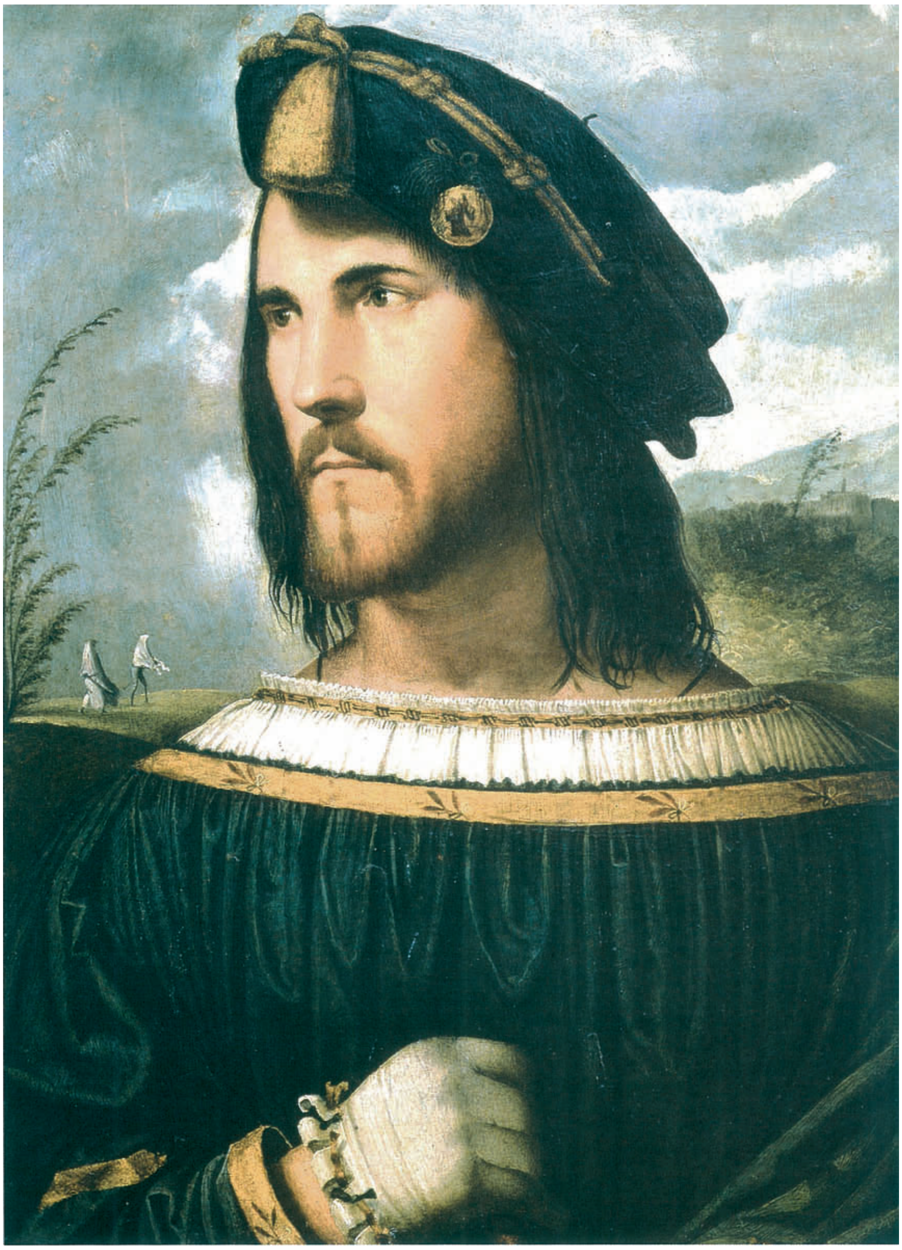
En el latín elegante de la misiva, el papa Alejandro aparece como el Anticristo en persona, seguidor de Mahoma, judío sin convertir, enemigo de Dios y de los cristianos, y encarnación del demonio y de todos los pecados: “Es imposible imaginar un enemigo más declarado de Dios que este Papa: la menor de sus faltas es traficar con los bienes de la Iglesia”, dice la carta. Y los palacios apostólicos son escenario de asesinatos, violaciones, incestos, orgías y tratos infames con jovencitos y doncellas. Los ataques a César son igual de violentos: “César es el amo absoluto. Puede satisfacer a su gusto todas las pasiones. Vive rodeado de prostitutas a la manera de los turcos, guardado por sus soldados armados. Por orden suya las personas son asesinadas, heridas, lanzadas al Tíber, envenenadas, arruinadas. Esta gente tiene sed de sangre humana”. Bastan estas citas para comprobar cuál era el tono y el volumen de las acusaciones, tan fantásticas y espectaculares como absolutamente irreales.

Sed de sangre e incesto

“Sed de sangre humana, de poder y de dominio, y de repartir a los hijos y nietos incestuosos del Papa los señoríos confiscados a los barones”, añade el autor anónimo. Ésta era la cuestión: los barones romanos, amenazados por el poder creciente de la familia papal, reaccionaban violentamente con el arma feroz del panfleto. Los panfletos y escritos contra el Papa no eran ninguna novedad, y Alejandro VI no solía hacerles mucho caso. De hecho, ya en años anteriores había sido objeto de todo tipo de versos satíricos por su relación pública con la joven Giulia Farnese, hija de una familia noble y casada con un Orsini, y las aventuras femeninas del Papa, casi todas imaginarias, eran materia de epigramas, de pasquines en las paredes y de rumores salidos de los mismos palacios romanos.

El divorcio de Lucrecia ya dio pie a todo tipo de insidias cuando el marido rechazado, primo de los duques Sforza de Milán, atribuyó al Papa unas vagas relaciones incestuosas con su propia hija. Relaciones que, con toda probabilidad, forman parte de la leyenda iniciada aquellos mismos años como parte de lo que ahora llamaríamos “propaganda política” de sus enemigos italianos. Giovanni Sforza introdujo aquella acusación terrible movido por el rencor, por venganza, y para cubrir la vergüenza de un divorcio forzado.

De todos modos, la nobleza italiana no era excesivamente delicada a la hora de hacer circular noticias reales o inventadas sobre crímenes familiares, adulterios, hijos bastardos, venenos y puñales, y otras delicias de la vida renacentista. Historias que, sazonadas con algo de lujuria desbocada, banquetes fastuosos y traidores, y un poco de brujería y de presencias diabólicas, son materia común de la crónica de las Cortes italianas de aquel tiempo. La realidad histórica es que el comportamiento de los Borgia de Roma, en definitiva, no era diferente de los Este de Ferrara, los Aragón de Nápoles, los Sforza de Milán o los Medici de Florencia. La violencia en el ejercicio del poder, los pactos rotos, los hijos ilegítimos, la intriga y la calumnia, la traición, son



Retrato de César Borgia, atribuido a Giorgione. Nombrado capitán general de los ejércitos pontificios con menos de veinte años, sus enemigos le atribuyeron numerosos asesinatos.

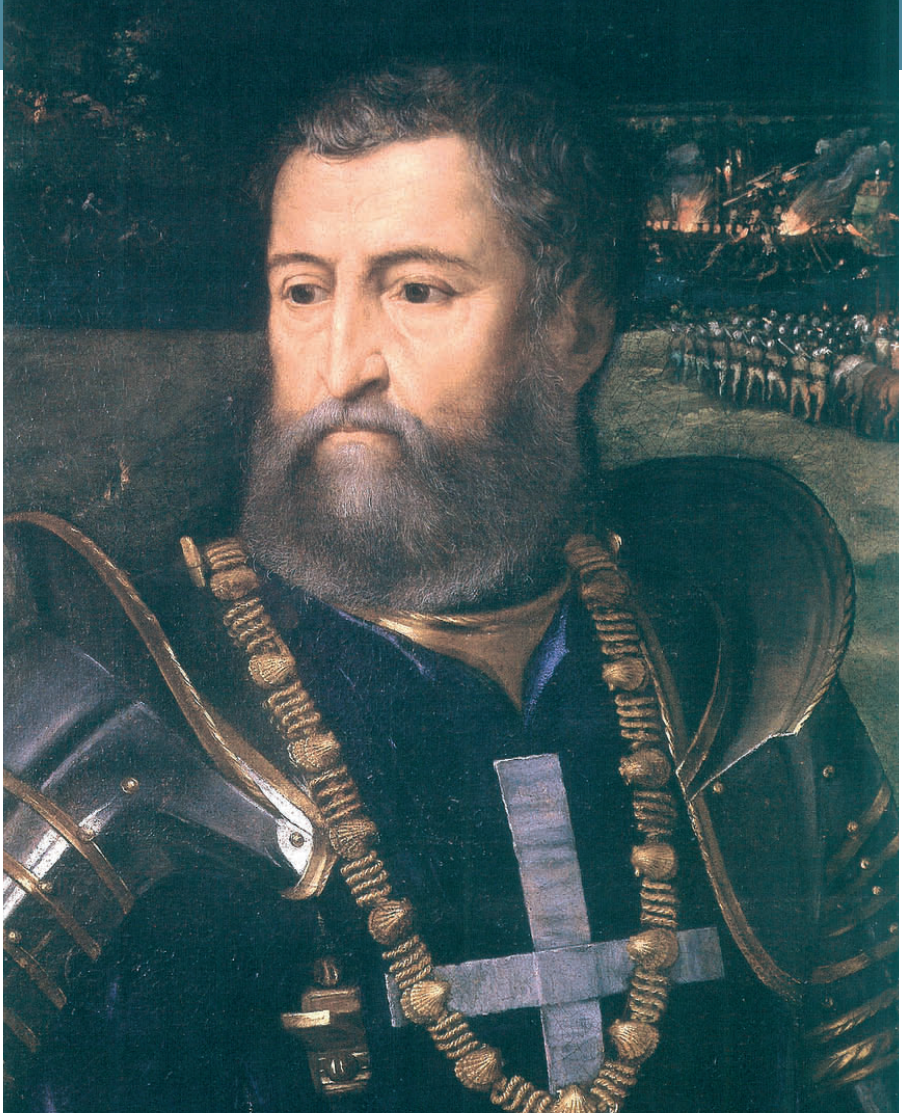
elementos que de manera más o menos espectacular estaban presentes en las Cortes de toda Europa. Y Roma era también la Corte de un soberano, el Papa, siempre inseguro de su poder económico, militar o político.

Lucrecia, moneda de cambio

Algunas aventuras femeninas del Papa Alejandro y de sus hijos son del todo ciertas, algunos asesinatos también –no por medio de venenos, por cierto, sino por cuerda o espada…–, como la muerte del segundo marido de Lucrecia, Alfonso de Aragón, por orden de César y en las mismas estancias vaticanas. También es cierta el ansia de poder, o la enrevesada política matrimonial, mediante la cual la hija del Papa comenzó con un casamiento que establecía la alianza de los Borgia con los Sforza, continuó con un divorcio o anulación –todo legal y canónico, eso sí–, seguido de un matrimonio con un príncipe de Nápoles –con quien tuvo un hijo– posteriormente asesinado, y acabó en el casamiento con el duque soberano de Ferrara, ciudad donde Lucrecia fue durante muchos años el centro de una pequeña Corte refinada y madre de los numerosos hijos del duque Alfonso d'Este.

En cuanto a las relaciones de Lucrecia con su padre, parece, según Maria Bellonci, que fueron muy tiernas y afectuosas, pero no hay posibilidad de confirmar las calumnias relativas al incesto, que es uno de los puntos fuertes de la leyenda. Es cierto que Lucrecia, entre el primer matrimonio y el segundo, tuvo un hijo escondido, producto de una relación con un camarero de palacio, y que el Papa, por una forma de precaución jurídica, asumió la paternidad de la criatura, el llamado *infans romanus* –legalmente hijo de madre anónima–, para asegurarle el nombre y los derechos a la herencia de los Borgia. Pero una cosa es el legalismo y otra la paternidad real.

La realidad, en todo caso, es que en materia de intrigas, mujeres, muertos o hijos complicados, los Borgia no son excepcionales al lado de otros linajes y Cortes de la Europa de su tiempo. Pero se trata del linaje del Papa de Roma, sucesor de san Pedro, y su Corte es la del Vicario de Cristo: es una gran diferencia. Ahora bien, el nepotismo papal fue todavía más extremo en tiempos de su antecesor Sixto IV della Rovere, que hizo obispos, arzobispos o cardenales a veinticinco miembros de su familia.

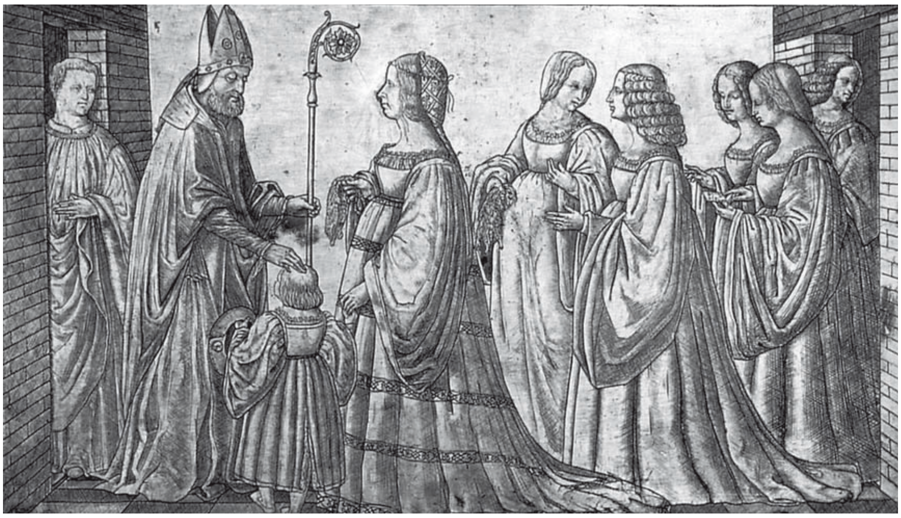

Alfonso I d'Este, duque de Ferrara, fue el tercer marido de Lucrecia Borgia y su Corte se convirtió en uno de los más refinados centros de cultura en la Italia renacentista.

Reformas borgianas

El lujo, las intrigas y la violencia fueron aun más visibles en tiempos de sus sucesores Julio II o León X y, sin embargo, la fama infame parece que sólo se aplica a los Borgia. Como si los Borgia, especialmente el papa Alejandro VI, no hubieran aportado nada de positivo ni al pontificado, ni a Roma ni a la cultura del Renacimiento. Lo cual significa olvidar o esconder algunos hechos significativos: por ejemplo, que fue Alejandro VI quien reorganizó la administración central de la Iglesia, y quien puso orden en las finanzas papales, antes totalmente en la ruina; fue él quien recortó el poder de los barones romanos, que limitaba permanentemente la autoridad del Papa; fue él quien inició la restauración del poder pontificio en sus propios Estados, entonces ocupados por pequeñas tiranías locales; fue él quien emprendió las primeras reformas de los palacios apostólicos –ahora mismo, los espacios centrales con nombre propio se llaman patio Borgia, torre Borgia y apartamentos Borgia, bellamente decorados por Il Pinturicchio–; y fue él quien puso en marcha las primeras obras de urbanismo moderno en Roma, como la Via Alessandrina –actual Via della Conciliazione– entre el Castel Sant'Angelo y la plaza de San Pedro.

Y fue Alejandro VI quien dio un nuevo impulso a la Universidad de la Sapienza donde, en tiempos del jubileo de 1500, un cierto astrónomo polaco, Copérnico de nombre, podía explicar libremente teorías revolucionarias sobre la tierra y el sistema solar. A sus conferencias asistían incluso algunos cardenales, y seguramente el mismo César Borgia. En definitiva, Alejandro VI puso los cimientos del pontificado moderno, que recibiría el impulso decisivo por obra de su sucesor –y enemigo– Julio II della Rovere. Precisamente el Papa que quiso borrar el nombre de los Borgia, y que provocó la ruina final de la familia.

La leyenda negra borgiana posiblemente no hubiera empezado como empezó sin la hostilidad de las viejas familias de



Placa de plata que representa a **Lucrecia Borgia, en el centro, presentando a su hijo Hércules a san Maurelio**, protector de Ferrara. La pieza conmemora la batalla de Rávena en 1512.

Roma –los Conti, Caetani, Orsini, Colonna, Savelli…–, acostumbradas a dominar no sólo la ciudad, sino la región entera y el mismo poder papal. Los Borgia quisieron derrocar los viejos poderes establecidos, y pagaron por ello un precio desproporcionado: convertirse en el emblema de todos los pecados de una "Roma corrupta" y ser el símbolo visible de los excesos más bajos del papado. Encarnación de la pasión por el oro y el poder, de venenos y asesinatos, incesto, lujuria y orgías, y con una dosis abundante de brujería, de magia negra y de presencia de poderes infernales. Es la receta habitual de las leyendas negrísimas y de todo tipo de narraciones del género: brujería y pacto diabólico, poder y dinero, la muerte y el sexo. Es decir, nada original, nada nuevo.

En la leyenda, el papa Alejandro VI vendió su alma a Lucifer con pacto clásico, tuvo todo el poder, todos los placeres, y cuando murió muchos romanos pudieron "ver" cómo los demonios voladores se lo llevaban al infierno directamente desde la basílica de San Pedro, y alrededor del cuerpo negro del Papa la basílica quedaba envuelta en llamas infernales. Hay papeles de la época que afirman cosas como éstas, y hay pseudohistoriadores y novelistas que les dan crédito, como si cualquier fantasía grotesca hubiera de ser verídica y real.

Hoy, sin papas como aquéllos, sin duquesas, cardenales, demonios y santos como aquéllos, las leyendas son más banales

En cuanto a César Borgia, después de haber conquistado parte de la Italia central, después de ser proclamado duque de Romaña, duque del Valentinois y "primo" del rey de Francia, después de inspirar a Niccolò Macchiavelli –que lo acompañaba en sus campañas como embajador de Florencia– algunas ideas nuevas sobre el ejercicio del poder militar y político, ideas que aparecen como núcleo del *Príncipe;* después de tener al gran Leonardo da Vinci como ingeniero y arquitecto militar, vio cómo su proyecto de un principado nuevo y moderno se hundía velozmente a la muerte de su padre el Papa, el verano de 1303, como resultado de una malaria, no de ningún envenenamiento legendario.

Muerto Alejandro VI, César fue desposeído de todo poder por orden del nuevo papa Julio II della Rovere, enemigo implacable de los Borgia. Después fue entregado a los castellanos y prisionero de Fernando el Católico, escapó a Navarra, y acabó muerto en el sitio de Viana, en 1507, combatiendo a favor de su cuñado el rey Juan de Albret. Su hermana Lucrecia, casada por tercera vez en 1502, acabó pacíficamente sus días como duquesa de Ferrara, una de las Cortes renacentistas más refinadas de Italia, donde fue enterrada en el monasterio femenino que ella misma había fundado.

Cuando murió Alejandro VI, en agosto de 1503, nadie podía imaginar que un descendiente suyo, Francisco de Borgia, habría de ser a su vez objeto de una leyenda tan blanca y dorada como infernal y negra había sido la del bisabuelo. Juan de Borgia, hijo de Alejandro VI, tomó posesión del ducado de Gandía que le había comprado su padre, tuvo un heredero, volvió a Roma, y fue asesinado en 1497, en una oscura trama nocturna, movida por los Orsini, que acabó con su cadáver en el fondo del Tíber.

Leyenda piadosa

Su nieto, el duque Francisco de Borgia, fue hombre de confianza del emperador Carlos V, y cuenta la historia piadosa que, cuando acompañaba a Granada el cadáver de la emperatriz, decidió servir solamente a Dios, al ver cómo acaban las grandezas humanas. Cuando se quedó viudo –viudo y con muchos hijos–, entró en la Compañía de Jesús, acabada de fundar por Ignacio de Loyola, y fue el tercer general de la Orden y gran impulsor de la actividad misionera, de la fundación de colegios y universidades y de la reforma de la Iglesia animada por el Concilio de Trento. Como complemento curioso, recordemos que el papa Paulo III, el que aprobó la Compañía de Jesús y convocó el Concilio de Trento, no era otro que aquel Alessandro Farnese que recibió la dignidad cardenalicia –y otros beneficios, que le permitieron la construcción del célebre Palazzo Farnese– justamente por la benevolencia del papa Alejandro Borgia, amante durante unos años de su hermana la bella Giulia Farnese. Es una manera bien espectacular de cerrar el círculo.

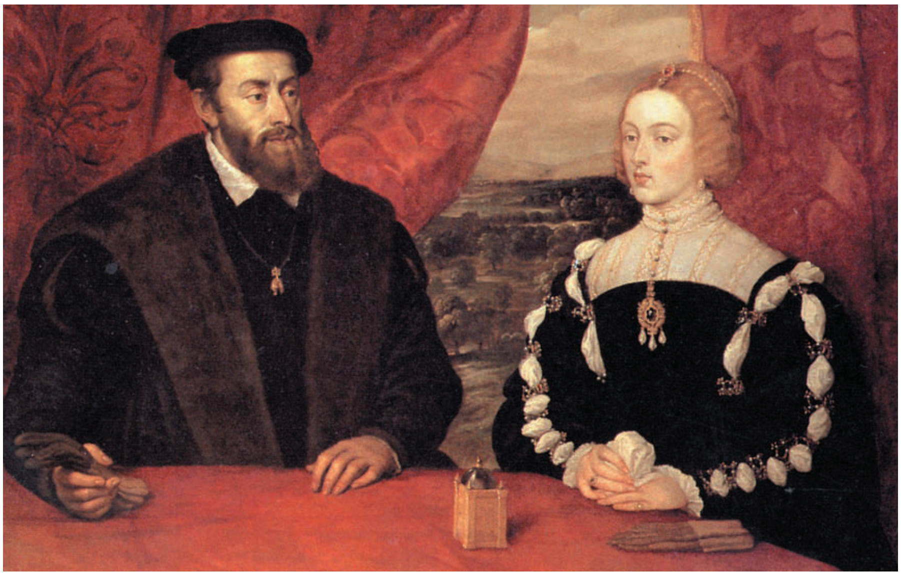
Por supuesto, en sus años romanos, Francisco de Borgia nunca quiso saber nada de su antepasado el Papa. El biznieto de Alejandro VI murió en 1572 y fue solemnemente canonizado un siglo más tarde, como uno de los grandes santos emblemáticos de la Iglesia de la Contrarreforma, es decir, como ejemplo de todo lo contrario de lo que había representado su bisabuelo. Y ni la más ardiente de las fantasías hubiera podido cerrar con un broche mejor y más inesperado aquella larga historia irrepetible. Cinco siglos después, sin papas como aquéllos, sin duquesas, cardenales, demonios y santos como aquéllos, las leyendas son mucho más aburridas y banales. ■

Un santo en casa

FRANCISCO DE BORJA

El bisnieto de Alejandro VI, hombre de confianza de Carlos V y Felipe II, fue santificado por su renuncia a la vida mundana, pero en su ascenso a los altares influyó el dinero invertido por sus nobles sucesores para tener un santo en la familia. **ENRIQUE GARCÍA HERNÁN** relata su biografía

Hablar de san Francisco de Borja (1510-1572) es introducirnos en la época del Siglo de Oro, en el momento de la reforma católica y de la mística española. Tuvo amistad con santa Teresa de Jesús, de la que fue su confesor, con los obispos reformadores santo Tomás de Villanueva, san Carlos Borromeo y san Juan de Ribera, con el asceta san Pedro de Alcántara, con el misionero valenciano san Luis Bertrán, con el papa dominico san Pío V, con el gran maestro de Andalucía patrono de los sacerdotes españoles san Juan de Ávila, con el rector del Colegio Romano san Roberto Belarmino, con el apóstol jesuita de Alemania san Pedro Canisio. Aconsejó al docto fray Luis de Granada en materia de oración, se relacionó con casi todos los cardenales de la Iglesia, desde el gobernador Tavera pasando por Granvela, Farnesio, Crivelli, Morone, Paleotti. Formaba parte del selecto grupo de eclesiásticos reformadores, y por eso tras la muerte de Pío V hubo importantes conatos para elegirlo papa, con el fin de hacer cumplir la profecía de san Vicente Ferrer de que el buey –símbolo de los Borja– mugiría tres veces en la Iglesia, es decir, que habría un tercer papa Borja. No fue san Francisco, sino Inocencio X, otro descendiente borgiano.



Carlos V e Isabel de Portugal, según la copia que hizo Rubens de un retrato de Tiziano. La muerte de la Emperatriz fue determinante en la trayectoria espiritual de Francisco de Borja.

Para conocer la figura enigmática de san Francisco de Borja debemos remontarnos inexorablemente a su familia, especialmente a sus bisabuelos el papa Alejandro VI –por línea paterna– y al rey Fernando el Católico –por línea materna–. Su madre, Juana de Aragón, era nieta de Fernando el Católico. Su padre fue Juan de Borja Enríquez, hijo de Juan de Borja y María Enríquez, prima de Fernando el Católico. Casó en primeras nupcias con Juana de Aragón, con quien tuvo siete hijos. En un segundo matrimonio con doña Leonor de Castro, hermana del vizconde de Evol, tuvo otros doce. Muchos de ellos quedaron vinculados a la Iglesia. Podemos contar, aparte de Francisco de Borja como jesuita, un cardenal, un arzobispo, un abad y cuatro clarisas. También

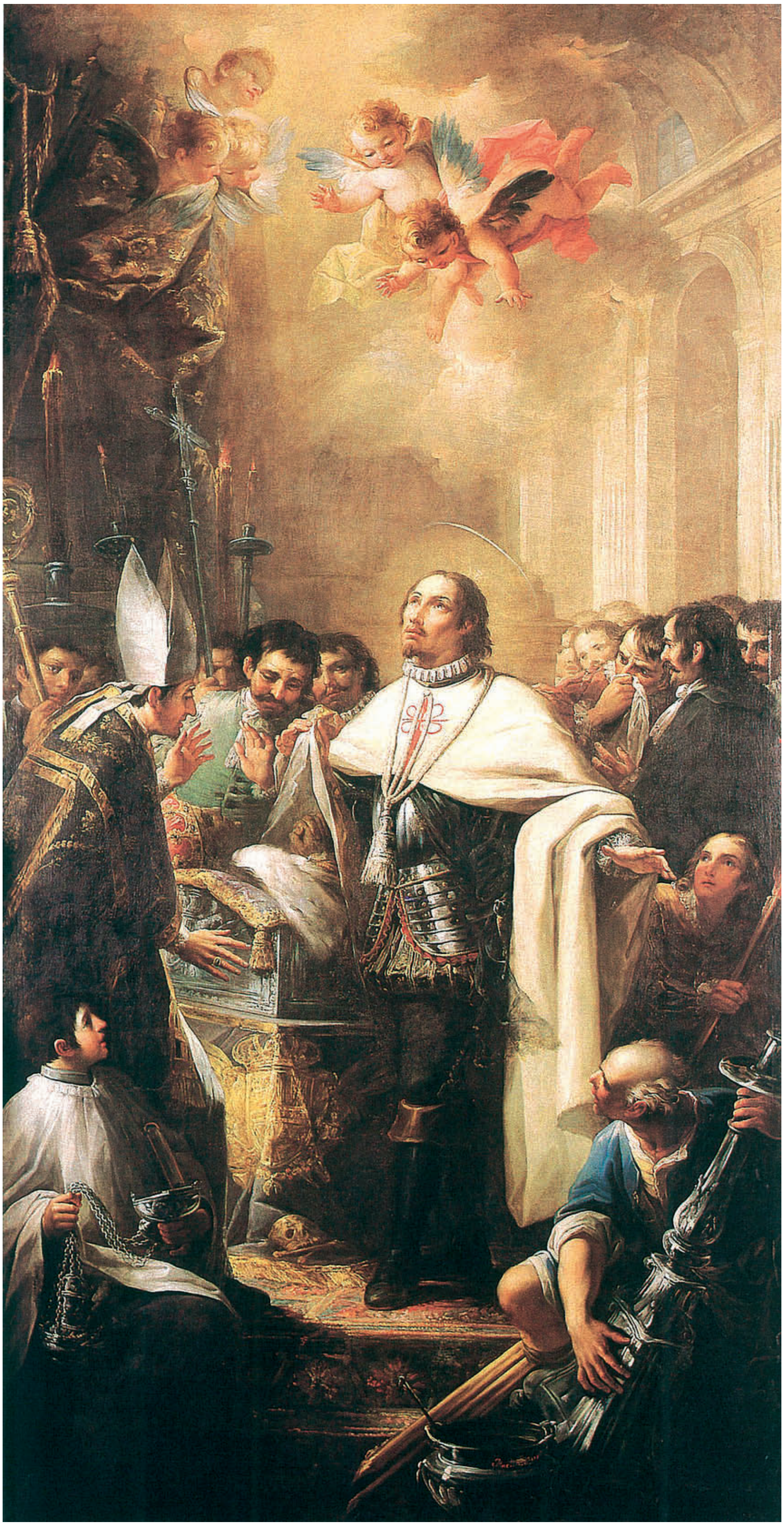
ENRIQUE GARCÍA HERNÁN es historiador y miembro del CSIC.

estuvieron vinculados a las Órdenes Militares. Así, Francisco fue caballero de Santiago y entre sus hermanos hay caballeros de Santiago y de Montesa. No sorprende que Borja fuera considerado tras su canonización Patrono de la Nobleza Española.

Desde que nació, parecía estar destinado a realizar grandes servicios a la Corona y la Iglesia. Después de los primeros pasos en su educación, bajo la supervisión de su abuelo el arzobispo de Zaragoza, se presentó la posibilidad de enviar a Borja a la Corte, toda vez que el Emperador regresaría a España en 1522; sin embargo, fue destinado a Tordesillas. Allí permaneció de 1522 a 1526, donde conoció personalmente a Carlos V. Regresó a Zaragoza para completar sus estudios. Estaba imbuido del espíritu de Erasmo y de Luis Vives, que tanto influjo tuvieron sobre su familia. A mediados de 1529, Carlos V convino con don Juan de Borja el matrimonio de su primogénito con doña Leonor de Castro (1509-1546), una portuguesa, dama de la Emperatriz Isabel. El enlace se realizó por poderes en Barcelona, en 1629, y tuvieron ocho hijos. Ese mismo año, Carlos V elevó a marquesado la baronía de Lombay, que poseía Borja, y le nombró caballerizo mayor de la Emperatriz. Así, Borja comenzó una relación con su prima Isabel de Portugal. Hubo entre ellos sintonía y entendimiento.

Profesor del príncipe Felipe

La emperatriz Isabel fue regente entre 1530 y 1533 y durante este tiempo Borja se encargó de la formación del futuro Felipe II, enseñándole especialmente a cabalgar. En 1535, padeció disentería en Madrid, con la que se inició una larga serie de enfermedades que se prolongará durante toda su vida. En abril y mayo de 1536, tomó parte en la guerra de Provenza contra el rey de Francia y asistió a la muerte del poeta Garcilaso de la Vega. En 1539, comenzó el cambio espiritual denominado por él como “conversión”, coincidiendo con la inesperada enfermedad de la Emperatriz, cuya muerte (1 de mayo de 1539) produjo en su ánimo una viva impresión. Encargado de conducir el cadáver a Granada y de dar testimonio de su identidad antes de la sepultura (17 de mayo), tuvo un sentimiento profundo de la caducidad de las cosas terrenas. De aquí se originó su

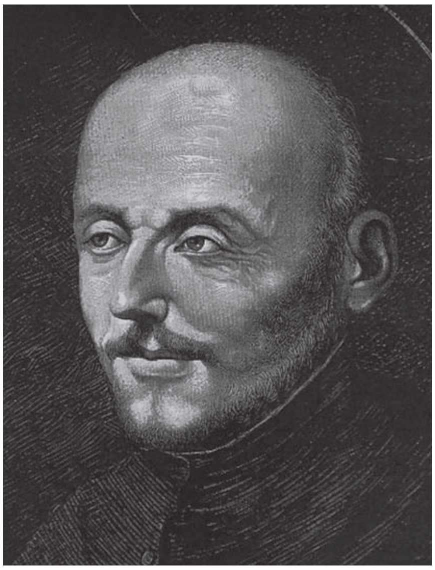


Conversión de san Francisco de Borja, tras ver el cadáver de la emperatriz Isabel. El mito fue llevado al lienzo por Mariano Salvador Maella en 1787 (Catedral de Valencia).

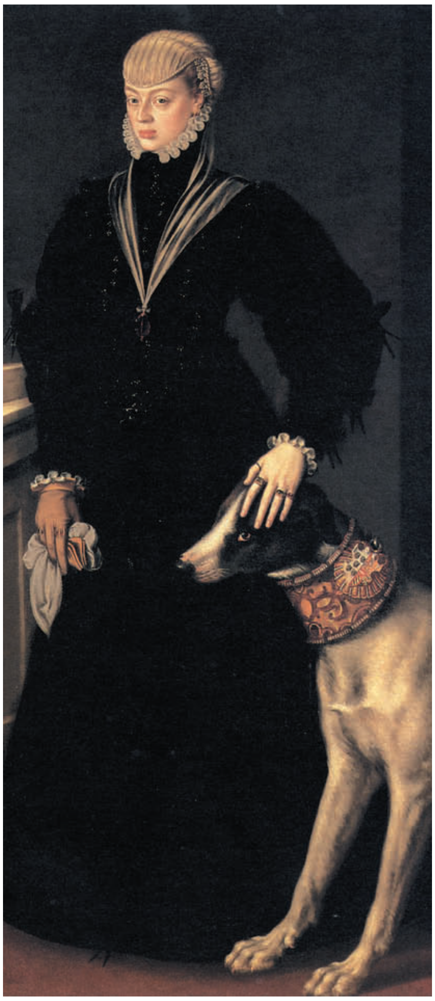
decisión de dedicarse a una vida más perfecta, pero no de hacerse religioso, y menos todavía jesuita. Muerta Isabel, la Corte trataba de formar la casa de las infantas María y Juana, puesto que don Felipe tendría su propia casa. Una de las personas que podían participar como aya era la marquesa de Lombay, pero Carlos V no quiso contar con ella, "porque era mujer muy atrevida" y capaz de "cartearse con reyes extranjeros", afectando también esta decisión al propio Borja.

No obstante, Carlos V nombró a Borja en 1539, exactamente diez años después de su matrimonio con doña Leonor, su lugarteniente general en Cataluña, en un cargo trienal que se renovó un sola vez. Desde el punto de vista de su misión, mantuvo correspondencia con Carlos V y el príncipe Felipe, y casi diaria con Cobos, el secretario del Emperador, y con el cardenal regente Tavera. También en razón de su oficio mantuvo intensos y frecuentes contactos con embajadores, especialmente con los de Génova y Francia; con virreyes y gobernadores, como el duque de Calabria o el arzobispo de Valencia; con el consejo de Aragón; con militares como el príncipe Doria, don Bernardino de Mendoza, con el capitán general de Perpiñán don Juan de Acuña; con el duque de Cardona, con el duque de Gandía su padre; con la nobleza catalana, como el conde de Módica, don Luis Enrique Girón; con don Fernando de Cardona y Soma, almirante de Nápoles; con don Juan de Cardona, obispo de Barcelona, y también con secretarios reales como Juan Vázquez, Juan de Idiáquez y Gonzalo Pérez. En muchas ocasiones, la responsabilidad de su oficio se mezclaba con la amistad personal que iba creando con sus interlocutores.

GRACIAS A SU INTERVENCIÓN, EL PAPA PAULO III APROBÓ EN 1548 EL *LIBRO DE LOS EJERCICIOS* DE SAN IGNACIO DE LOYOLA



San Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas, quien quiso que Francisco de Borja profesara en la orden en secreto.



Juana de Austria, princesa de Portugal. Francisco de Borja fue su director espiritual en 1544 (por Sánchez Coello).

Bandoleros, luteranos y moriscos

Los puntos más ingratos del virreinato fueron los referentes a la Justicia, la cual implicaba persecución, captura, juicio y castigo de los bandoleros, contrabandistas e, incluso, de luteranos y moriscos. Para solucionar este problema, el Emperador le ordenó que tuviera buena comunicación con el virrey de Aragón para evitar que los bandoleros pasaran del reino al principado y viceversa y librarse así de recibir el justo castigo a causa de los problemas jurisdiccionales. En este mismo sentido, otros alegaron los fueros eclesiásticos para no cumplir con las órdenes del Emperador.

La mayor dificultad fue, sin embargo, la presión militar francesa en las fronteras. Durante el virreinato de Borja se pusieron de manifiesto las tensiones entre España y Francia. Aunque había paz, se vivía con inquietud, pues el principado era, de hecho, una base militar de primer orden. No sólo se debía contener un posible ataque francés, sino también atacar al turco, aliado de los franceses y de los corsarios berberiscos. El cénit llegó con la fracasada jornada de Argel del Emperador, en el otoño de 1541, operación largamente desaconsejada por sus generales, pero que se malogró por los temporales. Durante este período se sintió más inclinado al "propio conocimiento", al cual continuó dedicándose en adelante y sobre el que escribió varios métodos. Fue en ese año cuando tuvo el primer contacto con la Compañía de Jesús en la persona del beato Pedro Fabro, a su paso por la Ciudad Condal.

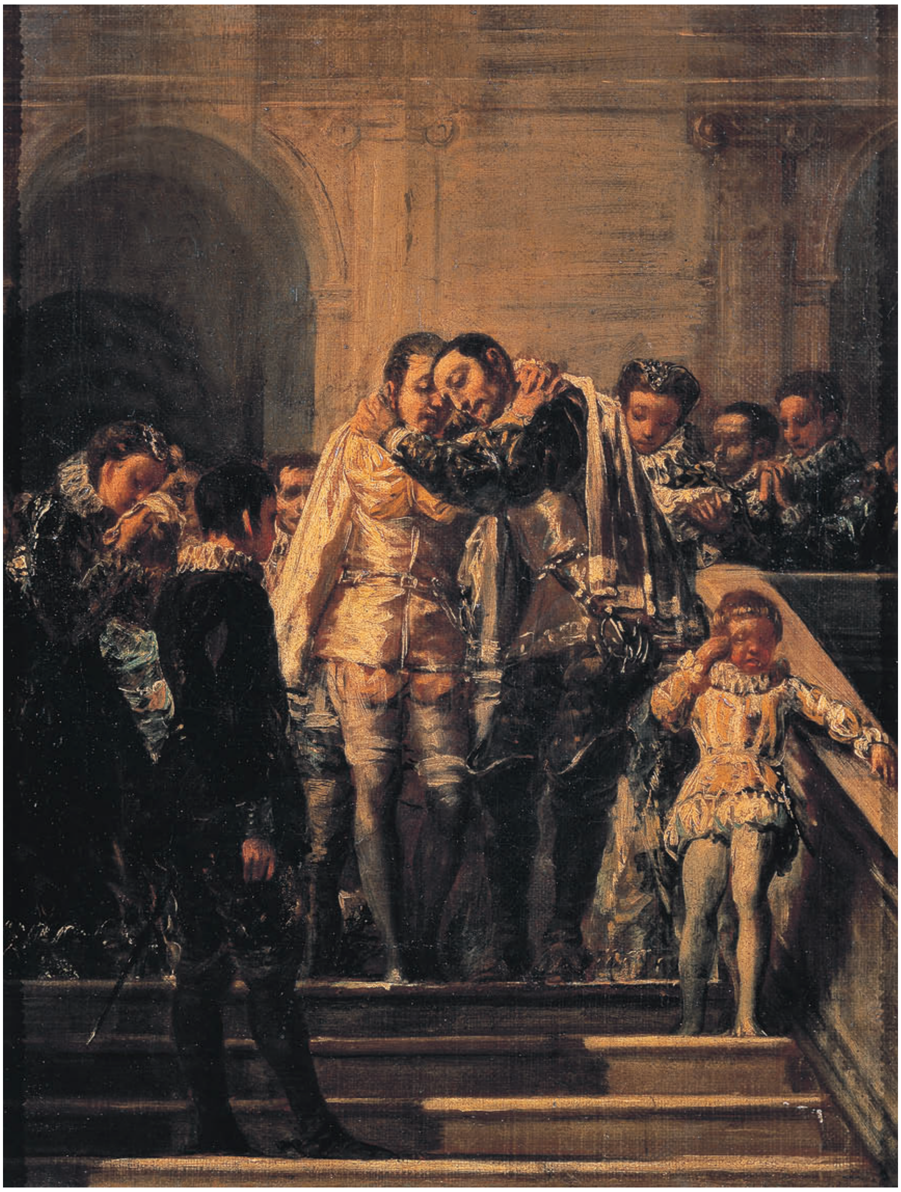
En los primeros meses de 1542 se celebraron Cortes en Monzón, donde se juró al príncipe Felipe estando Borja presente. Según el biógrafo Pedro de Ribadeneira, el Emperador insinuó a Borja y éste a aquél el mutuo propósito de abandonar su cargo y llevar una vida retirada, afirmación que hay que tomar con mucha reserva. Carlos V, que visitará la ciudad en octubre de 1542 para supervisar las fortificaciones, presionó a Borja para que éstas estuvieran bien protegidas por la parte que daban a la costa, pues se tenían avisos de que el Turco construí barcos para invadir por cualquier parte. Al día siguiente de la muerte de don Juan de Borja (8-I-1542), deseoso de retomar la deseada empresa de Argel, Borja escribió a Carlos V sobre los progresos en las fortificaciones y en la construcción de galeras y que en el nido berberisco estaban desprevenidos y sin apenas provisiones. Pero el Emperador, desde que supo la muerte de don Juan de Borja, pensaba apartarle del virreinato y ponerle en otro lugar, aunque antes quiso reconocerle su justo título de duque. Aparte del pésame, el Emperador le dijo que se complacía mucho que sucediera a su padre en aquella casa ducal, por lo que no había necesidad de nuevo "ofrescimiento", pues por sus palabras y por la experiencia bien sabía que siempre le había de servir. Asimismo, le comunicó que en pocos días se presentaría en Barcelona, por lo que le pidió que dejara para más adelante su viaje a Gandía para arreglar los asuntos de su ducado.

Antes de que llegara el Emperador, Borja hubo de dejar su cargo el 18 de abril de 1543, obedeciendo una orden directa imperial, si bien él deseaba seguir allí. Carlos V le apartó no por haber sido ineficaz, sino porque tenía previsto para él otro cargo junto al príncipe Felipe. Es posible también que el Emperador esperara más iniciativas en la defensa del principado y, si se hubiera mantenido en contacto más estrecho con el duque de Alba, capitán general, quizá podía haber evitado su alejamiento del poder en Cataluña.

Retiro en Gandía

En 1543 Carlos V lo designó para el importante cargo de mayordomo mayor de la princesa María, hija del rey de Portugal, que iba a contraer matrimonio con el príncipe Felipe. Pero la reina de Portugal, madre de la esposa, se opuso a este nombramiento, a lo que parece, a causa del terrible carácter de doña Leonor de Castro. Borja se retiró resignado a Gandía para asumir la dirección de su ducado y tratar de alcanzar un nivel espiritual más alto con la ayuda de algunos amigos jesuitas.

El 27 de marzo de 1546 murió su esposa, y al mismo tiempo intensificó todavía más su vida espiritual. El 5 de mayo, se puso la primera piedra del colegio de jesuitas que allí inauguró, y el 22 de mayo –tras unos ejercicios espirituales– decidió hacerse jesuita, es decir, apenas dos meses después de la muerte de su esposa. Llama la atención que en su *Diario* espiritual recuerde siempre la fecha de la muerte de la emperatriz y que no haga ninguna mención a la de la muerte de su esposa. También es significativa su rápida decisión de hacerse jesuita. El 2 de junio de 1546, hizo sus votos y el 1 de febrero de 1548 profesó, todo llevado con el máximo secreto posible, por indicación expresa de Ignacio de Loyola. Así fue duque y jesuita en secreto.



Goya vio con este dramatismo la **separación de Francisco de Borja de su familia** para dedicarse a la vida espiritual (Col. duque de Santo Mauro).

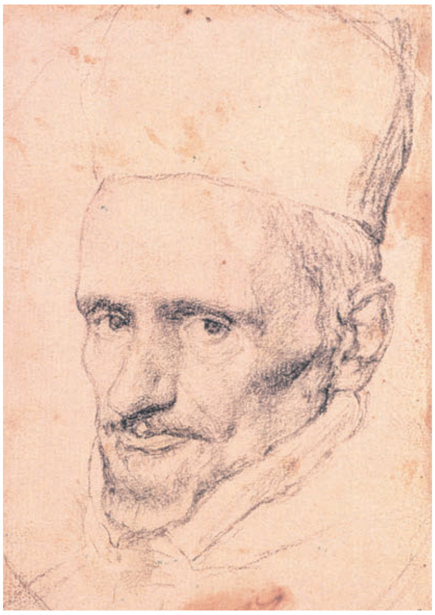
El colegio de la Compañía de Jesús de Gandía fue el primero en Europa de los que se abrieron para alumnos no jesuitas, el cual fue elevado a la categoría de Universidad en 1547. Borja cursó los estudios de Teología y recibió el grado de doctor en 1550 en esa Universidad. Entre tanto, el 1 de febrero de 1548 hizo secretamente la profesión solemne en la Compañía –sin voto de pobreza–, con permiso de seguirse ocupando de la administración de su ducado vestido con traje seglar.

Gracias a su intervención, el papa Paulo III concedió, el 31 de julio de 1548, la aprobación del *Libro de los Ejercicios* de san Ignacio. Hecho testamento el 26 de agosto de 1550, partió cinco días después para Roma, acompañado de algunos padres y de personas de su séquito, con intención de ganar el jubileo del Año Santo y de tomar con san Ignacio los últimos acuerdos respecto a su paso a la vida de la Compañía. El 4 de febrero de 1551 volvió a España, dirigiéndose a las Provincias Vascongadas, donde, después de renunciar a sus títulos y posesiones y con el permiso de Carlos V, tomó el hábito religioso (11 de mayo de 1551). Fue ordenado sacerdote en Oñate el 23 de mayo de 1551 por el obispo auxiliar de Logroño, y el 1 de agosto celebró su primera misa en el oratorio de la Casa de Loyola, rodeado de casi todo su familia y con gran asistencia de fieles.

El hecho de renunciar a su estado no significa que renunciara a su condición de noble, porque eso no podía hacerlo, le venía con el nacimiento, de ahí que muchos le siguieran llamando "el duque", incluso los propios jesuitas. Borja siguió teniendo los mismos vectores ideológicos como jesuita, es decir, de poder y de intercesión, conocía perfectamente el mundo de la Corte y sabía manejarse muy bien entre los nobles. De hecho, nunca se apartó de su familia, se sentía orgullo de los Borja, hasta el punto que empezó la iglesia del Gesù de Roma para enterrar allí a Calixto III, Alejandro VI y los cardenales Borja, todos sus antepasados.

Comisario de España y Portugal

Entre 1551 y 1554 alternó la predicación con los ejercicios de la vida interior y la composición de sus *Tratados espirituales*. Propuesto por Carlos V para el cardenalato, renunció a él en varias ocasiones. El 10 de mayo de 1544, comenzó la dirección espiritual de Juana de Austria, hermana de Felipe II, que llegará a emitir los primeros votos de jesuita. De este modo Borja se implicó también como asesor de Juana de Austria, especialmente durante el tiempo de su regencia. En 1554, pronunció en Simancas los votos simples que hacen los profesos de la Compañía. En ese año fundó allí el primer noviciado de la Compañía en España.



Dibujo de Velázquez para el retrato del **cardenal Gaspar de Borja**, que sufragó los gastos de beatificación de su antepasado.

San Ignacio nombró a Borja comisario general para las provincias de España y Portugal. Fue generoso en admitir nuevos colegios, de lo que se le tachará más tarde; unos veinte se comenzaron en España. También admitió a nuevos religiosos, muchos de los cuales no perseveraron. Visitó a Juana la Loca en Tordesillas, madre del Emperador, por deseo de la propia demente, que quería saber cómo se preparaba el matrimonio del príncipe Felipe con María de Inglaterra –algo que Borja conocía perfectamente–, si bien es verdad que el príncipe Felipe le había pedido que la consolara en su inminente muerte y tratara de librarla de sus locuras, que rayaban con la herejía. Asistió en su última agonía a la reina Juana.

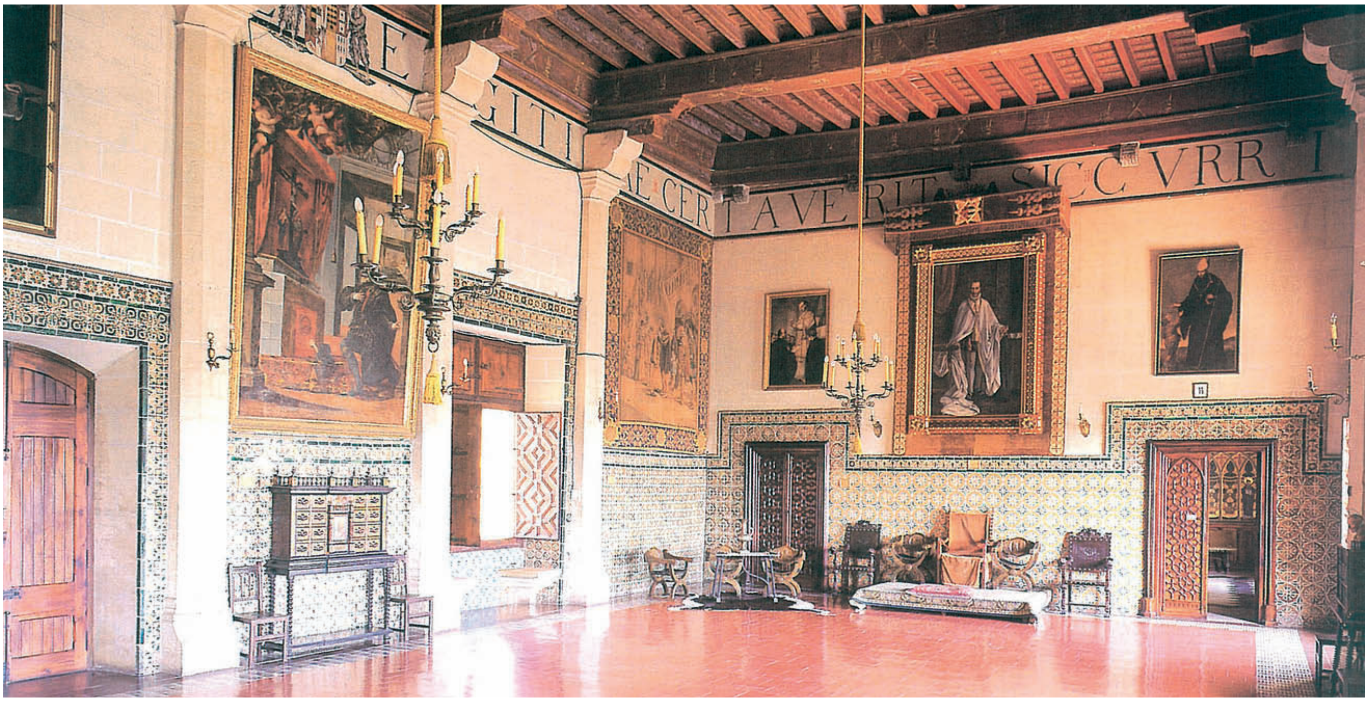
Carlos V que, en 1555, después de haber abdicado al trono, se había retirado a Yuste, le llamó dos veces para pedirle consejo. En realidad quería encomendarle una misión diplomática, hacer lo posible para que las coronas portuguesa y castellana se unieran, misión que en 1571 también le encomendó Felipe II. En la hora de la muerte deseó tenerle a su lado y lo nombró su ejecutor testamentario, junto con su hijo Felipe. La confianza con que Felipe II y su hermana, la princesa Juana, lo distinguieron, atrajo la envidia de algunos por participar en el gobierno secretamente. Pero la prueba más dura le vino con ocasión de la publicación abusiva de un libro titulado *Las obras del cristiano*, en el que, junto con algunos tratados auténticos, se insertaron otros que no eran del santo.

UNA ABUNDANTE HISTORIOGRAFÍA

La historiografía ha sido pródiga en estudios sobre los Borgia. La mayoría de ellos, demasiado contaminados por los prejuicios morbosos. La obra más clásica es la de Collison-Morley (1932). Soranzo y Piccoti polemizaron en los años cincuenta del siglo XX, el primero como defensor de la familia, el segundo como fiscal. Mallet publicó una historia de la saga familiar en 1969, que sigue siendo útil, como lo es la obra de Fusero (Milán, 1966). En los noventa se editan varias obras de valor desigual sobre la familia (Batllori, Gervaso, Robichon, Hermann-Rotgen, Cloulas, Schüller-Piroli, Company, Ibáñez Ferriol), que se cierran con las obras de Mila y Talens. Del morbo se ha ido deslizando la historiografía a la exaltación de la condición valenciana de la familia. Siguen, en cualquier caso, siendo dominantes las biografías de los personajes más polémicos. César Borgia, desde la antigua obra de Woodward (1913, reeditada en 2005) ha suscitado varias biografías (Guerdan, Onieva, Tomasi, Faitelli, Ugarte), pero sobre todo ha sido Lucrecia el personaje con más biografías, desde la más tópica (Fernández y González) pasando por toda la gama de interpretaciones (Bradford, Chastenet, Faunce, Chauvel, Martínez-Falero, Barberà, Saint-Laurent, Cerezales...). Alejandro VI, por su parte, ha merecido monografías específicas de Soranzo, Galán y Catalán Deus, Mira, Batllori y, últimamente, la tesis de Álvaro Fernández de Córdoba. Calixto III ha sido especialmente diseccionado por Navarro Sorni o Schüeller-Piroli. San Francisco de Borja ha suscitado diversos estudios, entre los que sobresalen los libros de Cruselles, Suárez Montanés y, sobre todo, Enrique García Hernán.

De los Borjas posteriores se ha ocupado, sobre todo, Quintín Aldea. En los últimos años, y en buena parte, gracias a la labor del padre Batllori, se han promovido iniciativas editoriales en torno a los Borja de gran calado. La primera fue el *Diplomatari*, editado por 3 i 4, que en tres volúmenes cubre gran número de documentos religiosos de la época medieval de la familia. Navarro y Martínez han sido sus editores. *Monumenta historica Borgiana* constituye la gran recopilación documental referida a san Francisco de Borja. Se editaron los cinco primeros volúmenes a fines del siglo XIX y recientemente Enrique García Hernán ha editado el sexto, que llega hasta 1550. En este extraordinario trabajo de evocación de los Borja por la vía documental, rigurosa y seria, hay que mencionar la buena gestión de José Luis Villacañas y Vicente Navarro Luján, directores generales del libro de la Generalitat Valenciana, institución que está preparando el centenario del nacimiento de Francisco de Borja en el año 2010.

RICARDO GARCÍA CÁRCEL



Salón de las Coronas en el **palacio ducal de Gandía**. Francisco se retiró a Gandía en 1543 para asumir la dirección de su ducado y hacer vida espiritual.

Eran los tiempos en que la Inquisición en España vigilaba atentamente para reprimir cualquier forma de luteranismo. El libro fue insertado en el *Catálogo de libros prohibidos*, publicado en 1559 por el inquisidor general en España, Fernando de Valdés. Borja tuvo que huir el 31 de octubre a Portugal. La solución que ofreció la Compañía fue proponer a Pío IV que le llamase a Roma para atender importantes asuntos. Llegó en 1561. Por entonces, se creía en la Corte que su vida pública había terminado.

Vicario en Roma

Cuando a fines de 1562 se reanudó el Concilio de Trento, el general Diego Laínez y el vicario Alfonso Salmerón tuvieron que trasladarse a dicha ciudad. Entonces quedó Borja en Roma con facultades de vicario, hasta el regreso del padre Laínez, en enero de 1564. Al mes siguiente, Laínez le nombró asistente de España y Portugal. A la muerte del padre Laínez, un año más tarde, Borja fue nombrado vicario y como tal convocó la Congregación General segunda. Ésta le nombró general de la Compañía en julio de 1565. Su generalato coincidió casi del todo con el pontificado de san Pío V (1566-1572). En su gobierno, Borja potenció los estudios y se interesó por la formación de los novicios, procurando que cada provincia tuviese su noviciado. Revisó y completó las *Reglas de la Compañía*, de las que hizo una edición en Roma en el año 1567 y otra en Nápoles al año siguiente. En 1570, hizo también una edición de las *Constituciones.* Usando de la facultad que le confirió la Congregación General, impuso a todos la hora de oración, con algunas modalidades según las provincias. A sus gestiones se debió la iglesia del Gesù, en Roma, construida gracias a la munificencia del cardenal Alejandro Farnese, sobrino de Paulo III, así como el Colegio Romano, futura Universidad Gregoriana. En el campo del apostolado cabe destacar la fundación de las primeras misiones jesuíticas en los territorios de América sometidos a la Corona de España: Florida, México y Perú.

LA IDEA DE QUE SU VIDA CAMBIÓ AL VER EL CADÁVER DE LA EMPERATRIZ ES UNA PRESUNCIÓN DE VÁZQUEZ, SU CONFESOR Y BIÓGRAFO

En junio de 1571, por orden de Pío V, acompañó como consejero en su viaje a España, Portugal, Francia e Italia al cardenal Miguel Bonelli, encargado de coordinar los esfuerzos de las potencias católicas en la lucha contra los turcos, de procurar que la princesa francesa Margarita de Valois se desposara con el rey Sebastián de Portugal y que ambos reinos entraran en la Liga Santa. Este viaje significó su rehabilitación ante la Corte española y el Rey, al que enviaba informes confidenciales de las gestiones realizadas. Regresó a Italia ya muy enfermo y el 30 de septiembre de 1572, a los tres días de su llegada a Roma, murió.

La imagen de Francisco de Borja en el Barroco tiene dos momentos culminantes, en 1624, con su beatificación, y en 1671, con su canonización. Dionisio Vázquez, su confesor; Pedro de Ribadeneira (1527-1611), y Andreas Schotto (1552-1629) escribieron su biografía por orden del general Claudio Acquaviva (1543-1615), el cual estaba influenciado por el desbordante linaje borgiano, especialmente por el valido duque de Lerma, nieto de Borja.

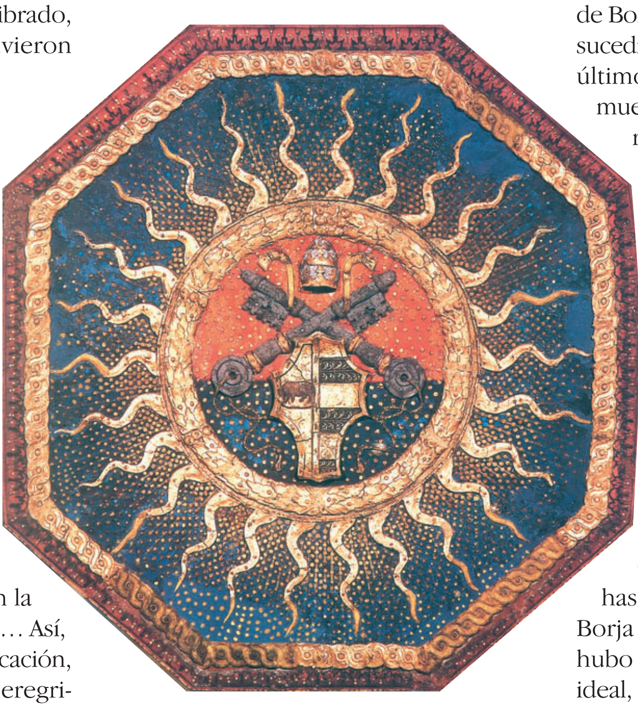
Quisieron engrandecer la figura de Borja en aspectos que les afectaban directamente, exagerando algunos rasgos que tergiversaron la verdad histórica. Así, por ejemplo, el cambio obrado en su vida tras reconocer el cadáver de la Emperatriz en Granada con la frase “nunca más servir a señor que se me pueda morir” es una idea de Vázquez, asumida luego por Ribadeneira y por los que le siguieron. De este modo establecieron un momento de "conversión", como una iluminación divina. Lo mismo podemos decir de la decisión de huir de la Corte y hacer el voto de entrar en religión si quedaba libre del vínculo matrimonial.

Vázquez pretenderá hacer de Borja el ideal del rigorismo, que él quería defender a toda costa. No es de extrañar que el general Acquaviva no permitiera su publicación, pues esa espiritualidad atribuida a Borja era distinta a la de la Compañía. Ribadeneira muestra por Borja una estima fuera de límites, y en los puntos más conflictivos se abstiene de dar su juicio. Schotto se muestra más equilibrado, y los biógrafos posteriores lo tuvieron muy en cuenta.

Restos itinerantes

Los restos mortales de Borja permanecieron en la Iglesia del Gesù de Roma hasta que, en 1607, el duque de Lerma, además de alentar el proceso de canonización, concibe la idea de trasladar el cuerpo a España. Ofreció a la Compañía la Casa Profesal de Madrid, en cuyo templo estaba previsto depositar los restos de su abuelo. Los reyes de España apoyaron a la Orden para obtener la canonización de Borja. Una constelación de Borjas estaban por doquier, en la Iglesia, en la nobleza, en el ejército… Así, cuando llegó la noticia de la beatificación, espontáneamente comenzó un peregrinar a la Casa Profesal para venerar al nuevo beato. Allí concurrieron 46 nietos y bisnietos, de ellos 14 eran de casas de Grandes de España. El padre Nieremberg comenzó a aventar la idea de un Borja fiel a la Corona y fiel a la Iglesia, un santo que vivió con plenitud dos vidas, la de noble y la de religioso, vidas distintas, separadas, insistiendo en la renuncia al ducado.

Hubo otras biografías que seguían el mismo patrón, como las de Michel (1616), Cepari (1624) –postulador de la Causa–, Cachet (1624), Solier (1624) y Castillo (1625). Todo este programa se llevó al teatro (Calderón de la Barca), a la Historia (José Pellicer), a la pintura (Alonso Cano, Valdés Leal) y la escultura (Martínez Montañés). Se pretendía difundir la fama de santidad de Borja y la imagen de "conversión". Además se publicaron multitud de sermones, como los de Escartín (1625), Pedro Juan Imperial (1627), Vargas (1627), Gabriel Álvarez (1632), Usón (1634), Guerra y Villegas (1640, inédito) y Fernando Suárez (1641), que todavía exageraron más sus virtudes heroicas, creando el prototipo de noble español, de servicio fiel a los Austrias y al Pontificado, el paradigma del caballero español. Se impuso en el mercado la obra del padre Nieremberg (1644), reeditada incansablemente durante más de trescientos años. La obra de Sacchini (1649), historiador oficial de la Orden, alcanzó menos difusión, si bien era más precisa. Algunos nietos y bisnietos sufragaron los gastos de la beatificación, como el cardenal Gaspar de Borja –retratado por Velázquez.



Escudo de armas de Alejandro VI. Francisco de Borja reunió los restos de los papas Borgia en la Iglesia del Gesù, en Roma.

En 1671, con ocasión de su canonización, las obras escritas en ese año por Martel, La Naja, Sgambata, Poirters, Ratti, Bosquete, Santalla, Verjus, Celpo y Bartoli –que era rector del Colegio Romano– insistieron en la extraordinaria vida humilde que Borja había llevado y su heroico gesto de renunciar a las vanidades del mundo. En ese año se publicaron también sermones y recuerdos de las fiestas que se hicieron en Roma y en algunas ciudades de España, como en Gandía, Granada, Málaga y Madrid. El Colegio Imperial predicó un sermón por el franciscano Juan de Ludeña, ceremonia organizada por el Consejo de Órdenes. Esos consejeros empezaron a invocar a Borja como patrón.

Vida de noble

Su vida ha sido utilizada para usos político-religiosos, conformando un mito, pues la vida de Borja, sin quitarle nada de su gloria, fue siempre la de un noble. Esto se debe a su descendencia que, aparte de llevarlo a los altares, quiso justificar sus actuaciones, acendrándolas con el espíritu de un santo de la familia. Se produjo un cambio importante en el siglo XVIII. Luis de Borja y Centelles, IX duque de Gandía, sucedió en el ducado en 1716, y éste fue el último varón del apellido Borja. Con su muerte, en 1740, terminó la sucesión directa varonil de Alejandro VI.

Le sucedió su hermana María de Borja, que tampoco dejó descendencia. Todos estos nobles fueron enterrados en la Casa Profesal, a los pies de Francisco. El título pasó a la Casa de Osuna. Por eso, esta casa hizo grandes esfuerzos para exaltar la figura de su ilustre ascendiente, como se ve por los cuadros pintados por Goya, a quien le pagaron generosamente. Por otra parte, la biografía del cardenal austracista Cienfuegos se reeditó cuatro veces hasta 1754, con el fin de presentar un Borja santo, fiel a la Corona. En España hubo gran interés en presentar un Borja ideal, especialmente durante el siglo XIX. Se consolidó el mito romántico de un Borja como gloria nacional, con *El solemne desengaño*, del duque de Rivas, o los premios de las Exposiciones Nacionales concedidos a pinturas sobre la vida de Borja, como las de Esquivel o Moreno Carbonero. Se convirtió, pues, en una especie de santo españolista, que encarnaba los valores hispanos frente a los otros Borja del Renacimiento. Todavía más, cuando en 1929 los jesuitas le hicieron patrono de la Curia Generalicia en Roma. En mayo de 1931, su cuerpo fue pasto de las llamas cuando se produjeron los incendios de conventos de Madrid. Borja es un santo que sigue en horas bajas, se le sigue presentando como el expiador de los pecados de su familia. Se figura sobrevive en gran medida gracias a su familia, es decir, al mito de su familia, que le arrastra. ■

a tu vera

Por tus noches sin dormir. Por tu dedicación.
Por la llegada de tu bebé y la aventura de ser mamá.
Por eso, estamos siempre a tu lado.

CajadeÁvila
nuestro interés, las personas

Área de Comunicación e Imagen de Caja de Ávila 200

Una saga de cine
APASIONANTE

¿Cómo condensar en una película la osadía, brutalidad, el nepotismo y el ambiente político y religioso que rodeó a la corte de Alejandro VI y sus hijos? **ANTONIO HERNÁNDEZ**, director de *Los Borgia*, explica los detalles de esta superproducción española de diez millones de euros

"Apasionante". Es la palabra que repite una y otra vez Antonio Hernández, autor de la aclamada *En la ciudad sin límites* –por la que ganó un Goya– y director de *Los Borgia*, a la hora definir el reto que ha supuesto para él dirigir una película sobre cinco de los miembros más famosos de la saga familiar valenciana. Rodrigo Borgia y los cuatro hijos que engendró con su amante predilecta, Vanozza Cattanei: César, Juan, Lucrecia y Jofré. Una superproducción de diez millones de euros "que nunca había previsto en mi filmografía, que alguien podría calificar hasta ahora de intimista y de autor", que revoluciona –como hace un mes *Alatriste*– el cine histórico español. "No sólo lo revitalizan", incide, "sino que además potencian nuestro tejido industrial y su proyección, tanto nacional como internacionalmente. Esperemos que esto sea sólo el principio".

Noventa y dos actores, diez semanas de rodaje, más de doscientos vestidos de época elaborados con lujosas telas y mil prendas realizadas para mostrar tanto el esplendor y riqueza de los nobles como la pobreza del pueblo de Roma… son algunos de los números que reflejan el tamaño y ambición de la película, que se estrena este 6 de octubre. "El reto era llevar al espectador al año 1492, como en una máquina del tiempo", comenta Hernández. "No sólo el protocolo, la moral, las formas, el decorado, el vestuario, sino también la luz, el sonido, hasta el olor, si lo hubiera, pertenecían a un mundo que ya ha desaparecido y que teníamos que reinventar".

ÓSCAR MEDEL es periodista.

María Valverde interpreta el papel de Lucrecia Borgia.

La película abarca desde el día en que eligen papa a Rodrigo, hasta el día en que su hijo César muere en Navarra, en 1507, a manos de los soldados del conde de Lerín. "La historia de *Los Borgia* era atractiva desde cualquier perspectiva: familiar, militar, religiosa, política, amorosa, sexual", explica Hernández. "El hecho de ostentar el cetro del mundo cristiano, dotaba a ese hombre, venido de Xàtiva, de un poder inusitado, le creó algunos amigos, y demasiados enemigos. Nada tiene desperdicio. La osadía, brutalidad, perversión, abuso, despotismo, demasiado habitual en los poderosos, se mezclaba con los conceptos sublimes en el ámbito cultural, artístico, político..."

La familia, motivo y regla

Juan, César y Jofré se dirigen al Vaticano, donde se está celebrando el cónclave para elegir nuevo papa. Allí se enteran de que su padre acaba de ser elegido pontífice con el nombre de Alejandro VI. La cinta relata desde entonces los intentos del nuevo papa de aumentar sus territorios. El nombramiento de Juan como capitán de sus ejércitos y su matrimonio con María Enríquez. La designación de César como cardenal, el matrimonio de Lucrecia con Juan Sforza y el de Jofré, su hijo pequeño, con Sancha de Aragón. La rivalidad de Juan y César, que quiere para sí el puesto de su hermano y la extraña muerte del primero. Las campañas exitosas de César para extender las fronteras de los Estados Pontificios y el progresivo aumento de los enemigos de la familia, que provocará su caída en desgracia a la muerte del pontífice y la posterior marcha de César a Castilla y luego a Navarra.

Quince años de historia decisivos para el Pontificado, Italia y España, con tantas

Lluís Homar, ataviado con la tiara y vestimenta papal, tras su nombramiento como papa, en el papel de **Alejandro VI**.

Eloy Azorín, **Sergio Muñiz** y **Sergio Peris-Mencheta**, como Jofré, Juan y César Borgia.

tramas argumentales posibles, que desde el principio plantearon un problema: qué elegir. "La respuesta surgió de inmediato: la familia.", comenta Hernández. "El motivo y la regla para todo. Familia. Parecía evidente que la venganza, el crimen, la política, el poder estaban al servicio de algo mucho más atractivo: las pulsiones emocionales que los motivaban". Alrededor de la familia, los Orsini y el dominico Savonarola. Sólo se mencionan de manera anecdótica personajes como Maquiavelo, Copérnico, Leonardo o Miguel Ángel, que conocieron o trabajaron en algún momento al servicio de Alejandro y César.

"A pesar de la duración de la película, había que elegir", se justifica Hernández. "Elegir qué descartar sin afectar a la narración dramática. Suprimí ciertos personajes que hacían de la narración un hecho excesivamente farragoso. Sin embargo, no creo que nadie los eche de menos. No olvidemos que nuestro objetivo no es didáctico, aunque inevitablemente se vea la película afectada por este concepto. Nuestra obligación en primer lugar es hacer un producto cinematográfico que consiga apasionar al espectador. Sin traicionar los hechos conocidos y sin elucubrar sobre los no confirmados. Obtener ese equilibrio es muy difícil".

Hernández intentó desde el principio dotar a la cinta de un estilo único y tomar distancias respecto a la leyenda negra que pesa sobre la familia y que el mismo había interiorizado. "Había que huir del cotilleo historicista", en expresión suya, "ya que el espectador de cine es mucho más inteligente y en la vida de los Borgia hay elementos suficientemente atractivos y lejanos a estas leyendas exageradas". ¿Cómo se documentó? "Hice lo que pude, tenía muy poco tiempo de preparación. Después de pasar por Mario Puzzo y Vázquez Montalbán, casi por inercia, y leer algunos ensayos sobre la familia Borgia, nos llamó la atención la escasa fabulación y la investigación realizada por Sara Bradford y su obra sobre Lucrecia Borgia".

Contó para ello con la ayuda de un equipo de especialistas en vestuario y maquillaje, montaje, sonido y música capaces de convertir entre todos la muerte de un hijo "en el dolor más profundo, o la sonrisa de Lucrecia en el amor más puro y la espada de César en un ciclón". Y con actores como Ángela Molina, en el papel de Vanozza Cattanei, y Paz Vega (Catalina Sforza), acompañando a Lluís Homar (Rodrigo Borgia), Eloy Azorín (Jofré), Sergio Muñiz (Juan), Sergio Peris-Mencheta (César) y María Valverde (Lucrecia). El propio Antonio Hernández se reservó la interpretación del cardenal Gianbatista Orsini, gran rival de Alejandro VI.

Los Borgia se rodó íntegramente en escenarios naturales italianos y españoles. En Gandía, en el Palacio Ducal, donde nació san Francisco de Borja, y en Navarra, en el Palacio de Olite y Estella. Los trabajos de cámaras y actores generaron gran expectación entre los habitantes de cada localidad, especialmente en España, donde el público no está acostumbrado al rodaje de este tipo de películas.

Dos coproducciones italoespañolas habían abordado la saga familiar con anterioridad: *La noche secreta de Lucrecia Borgia* (1982) y *El Duque Negro* (1963), centrada en la figura de César, junto con su hermana, los dos personajes más atractivos para la gran pantalla hasta el momento, con más de veinte películas y series de televisión rodadas sobre sus figuras desde 1909 –los albores del cine– hasta la actualidad.

Incluso Hollywood parece haber descubierto ya las posibilidades cinematográficas de la gran familia valenciana y prepara ya el rodaje de *Borgia*, dirigida por Neil Jordan y con Scarlett Johansson (*La joven de la perla*) y Colin Farrell (*Alejandro Magno*) en los papeles de Lucrecia y César. La fascinación por los Borgia no ha hecho más que comenzar. ■

FICHA TÉCNICA

Los Borgia
Productoras: Ensueño Films, DAP internacional
Productores: Teddy Villaba y Guido de Angelis
Director: Antonio Hernández
Guión: Piero Bodrato
Director de fotografía: Javier García Salmones
Directora Artística: Stilde Ambruzzi
Vestuario: Luciano Capozzi
Música: Angel Illarramendi
Montaje: Iván Aledo
Sonido: Iván Marín
Maquillaje: Walter Cossu
Peluquería: Giusy Bovino
Montaje de sonido: Juan Ferro

Por orden alfabético:
Roberto Álvarez: Burkard
Eloy Azorín: Jofré Borgia
Linda Batista: Sancha de Aragón
Antonio Dechent: Michele Corella
Roberto Enriquez: Paolo Orsini
Antonio Hernández: Cardenal Orsini
Lluis Homar: Rodrigo Borgia
Diego Martín: Perotto
Giorgio Marchesi: Alfonso de Aragón
Sergio Muñiz: Juan Borgia
Miguel Ángel Muñoz: Ramón
Eusebio Poncela: Cardenal Giuliano della Rovere
Sergio Peris-Mencheta: César Borgia
Kate Saunders: Julia Farnese
Benedetta Valanzano: Pentesilea
Antonio Valero: Cardenal Ascanio Sforza
María Valverde: Lucrecia Borgia
Enrique Villén: Savonarola
Con la participación especial de:
Paz Vega: Caterina Sforza
Ángela Molina: Vanozza Cattanei